





NUEVA COLECCION

DE NOVELAS

DE DIVERSOS AUTORES,

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

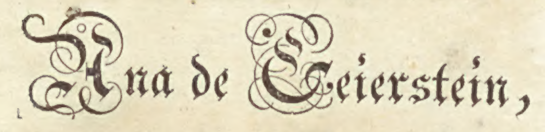
POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.

TOMO ONCE.

Alejo M. Zuraga y Ch.

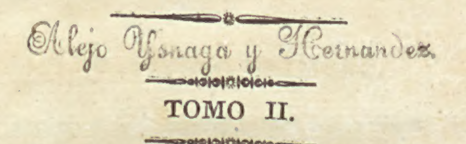
CARLOS EL TEMERARIO,

ó



HIJA DE LA NIEBLA.

Por Sir Walter Scott.



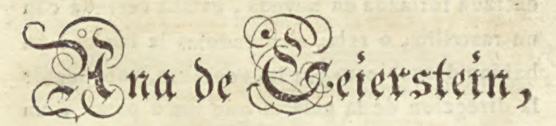
TOMO II.



MADRID: agosto 1831.
Imprenta, librería, almacen de papel y e stampado de *Jordan*, calle de la Concepcion Gerónima.

CARLOS EL TEMERARIO,

ó



HIJA DE LA NIEBLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Francisco. . . . Buenas tardes tenga usted.
Marcelo. . . . . ¡Ola, valiente soldado!
Dime, ¿quién te ha relevado?
Francisco . . . . Bernardo, segun se vé.
Buenas tardes tenga usted.

Shakespeare.

El primer cuidado de nuestros viageros, fue buscar por donde atravesar el foso, aunque no les costó mucho descubrir la cabeza del puente, ó mas bien el estribo donde se apoyaba en otro tiempo el puente elevadizo; el cual habiéndose arruinado, habia sido sus-

tituido provisionalmente por otro provisional formado de troncos y tablas, por cuyo medio pasaron sin dificultad hasta llegar á la puerta del pabellon que se asemejaba á un castillo. La entrada formada en bóveda, estaba cerrada con un rastrillo, ó reja, sirviéndoles la luz que ya habian descubierto por las ventanas, para seguir la direccion de la galeria que iba á pasar á un salon, que sin duda habia sido preparado para recibirlos, lo mejor que fuese posible.

Ardia un gran fuego en la chimenea, y en un rincon de la sala habia cantidad de leña bien seca, capaz de entretener un buen fuego, aunque fuese por espacio de ocho dias: debia hacer muchas horas que la chimenea estaba encendida; pues se disfrutaba en aquella habitacion, á pesar de su estension, y estado ruinoso, un calor muy suave. Dos ó tres mesas estaban colocadas en el centro de la sala, y tambien se encontraban muchos cestos grandes llenos de vituallas de toda especie. Cuando el diputado de Soleure vió los manjares que los jóvenes se dieron priesa á sacar de los cestos, no pudo menos de manifestar su alegria. -- Los honrados habitantes de Bâle, dijo; se han portado; pues si no nos han recibido como que-

riamos, á lo menos no nos hacen carecer de buena carne.

-- ¡Ahi: amigo! dijo Arnaldo Biederman, cuando falta el huesped, disminuye mucho el valor del convite: la mitad de una manzana, si se recibe de mano del dueño de la casa, vale mas que un alegre festin sin su compañia.

-- No es tanto lo que le debemos por su obsequio, dijo el abanderado de Berna; y creo, atendido el modo equívoco con que nos han hablado, que no estará demas que estemos con cuidado esta noche, y que nuestros jóvenes salgan á patrullar por los contornos. Este edificio es fuerte, y susceptible de defensa, por lo que debemos estar agradecidos á nuestros itinerarios (1). A pesar de todo, y si os parece, nobles compañeros, miraremos con cuidado toda la casa, hecho lo cual, organizaremos una guardia y algunas patrullas. Vamos, jóvenes, registrad con cuidado todas las ruinas. Puede ser que no estemos solos en este sitio, pues no dista mucho de nosotros un hombre

(1) Se denominan asi los oficiales ó encargados de hacer el alojamiento para los cuerpos de ejército á los cuales preceden siempre en la marcha con 24 ó mas horas de antelacion.

que se asemeja á los animales rapaces, los cuales caminan mas gustosos de noche que de dia en busca de su presa, y por sitios solitarios, prefiriendo las ruinas á los campos despejados.

La proposicion fue unánimemente admitida, y los jóvenes encendiendo varias hachas, de que habian hallado gran cantidad en la sala, hicieron un reconocimiento exacto.

La mayor parte del pabellon estaba arruinado, mucho mas que la porcion que los de Bâle, habian destinado para alojar á los embajadores. El techo se habia undido en la mayor parte, ofreciendo por todos lados la escena de la mas completa destruccion. El resplandor de las luces, el ruido de las armas, y las voces de los jóvenes, junto con el tropel de su marcha, hicieron salir de sus oscuros albergues á infinidad de aves nocturnas que se alojaban en aquel castillo, como sucede en la mayor parte de los edificios arruinados, causando con su buelo una alarma que se difundió en breve á los demas de la comitiva; pero que cesó luego para dar lugar á la risa y alegria general que causó aquella escena. El foso cercaba enteramente el castillo, lo que le hacia inaccesible por todas partes, á escepcion de la entrada

principal; pero esta era facil obstruirla y ademas se podian poner centinelas en el puente.

Luego que se hubieron asegurado, por una exacta requisicion, de que no podia haber escondida gente alguna capaz de atacarlos, volvieron á dar cuenta al abanderado de Berna, quien ordenó á Rodulfo escogiese seis jóvenes para patrullar con ellos hasta media noche; pasada cuya hora, seria relevado por otra partida que pasaria á cumplir igual encargo hasta rayar el alba. Rodulfo manifestó su deseo de velar toda la noche; y como era reconocido por su actividad y valor, se creyó que patrullando él, nada habria que temer, respecto á la seguridad esterior del castillo. Por último se convino, que en caso de una alarma se tocase la bocina, lo que serviria de señal para acudir á las armas y reforzar la patrulla. Por la misma razon de precaverse, se tomaron medidas análogas en el interior: se colocó á la puerta una centinela que debia relevarse cada dos horas, y á la parte de afuera del pabellon otras dos, á pesar de que el foso presentaba suficiente defensa.

Habiendo tomado todas estas medidas, la comitiva se puso á la mesa, ocupando los di-

putados la cabecera, y los demas se fueron colocando en los otros asientos inferiores. Gran cantidad de paja y de heno que se habia encontrado arrimada en un aposento, y que sin duda habian llevado alli los de Bâle para el objeto que era de inferir, sirvió á nuestros suizos para hacer con sus ropas camas muy buenas, ó que á lo menos asi les parecieron á aquellos hombres endurecidos con las fatigas de la guerra y de la caza. No habia parado en esto la atencion de los habitantes de Bâle; pues habian tambien preparado un dormitorio para Ana, mas cómodo que el de sus compañeros. Era aquel un aposento que sin duda serviria en su tiempo de reposteria, cuya puerta daba al salon, teniendo por otra parte un quicio sin postigo que iba á un corredor que conducia á las ruinas. Aquella salida habia sido tapada con esmero, aunque se inferia que de prisa; pues solo la cerraban gruesas piedras colocadas unas sobre otras y sin mas cal ni yeso; pero tan bien asentadas y gruesas, que toda tentativa para entrar hubiera sido infructuosa, á lo menos sin causar gran ruido que indudablemente hubiera alarmado á los suizos. El aposentillo, que asi se habia arreglado, conte-

nia dos camas sencillas y en la chimenea que tenia el mismo cuarto, ardia un buen fuego que esparcia un calor saludable, no habiéndose tampoco olvidado algunos objetos religiosos; pues habia sobre una mesa un crucifijo y un lìbro de devociones. Los primeros que habian descubierto aquel pequeño retiro, volvieron al instante á dar parte al Landamman de aquel descubrimiento, esforzándose en alabar la finura de aquellos habitantes, que sin olvidar nada de cuanto pudiese ser necesario á sus huéspedes, habian cuidado tambien de proveer á las necesidades particulares de su amable compañia.

Arnaldo Biederman, se enterneció al contemplar su atenta política. -- Debemos compadecer á nuestros amigos los de Bâle, antes que alimentar ningun rencor contra ellos, pues nos han acogido tan graciosamente, como lo permitian sus temores personales, que no es poco decir; pues no hay, amigos mios, una pasion mas egoista que el temor. Anita, querida mia, tu estas cansada, retírate, pues, al aposento que te está destinado, que Liseta (esta era la joven que acompañaba á la sobrina de Arnaldo) escogerá entre las muchas provisio-

nes que tenemos, aquello que mas la agrade para vuestra cena.

Dicho esto, cogió á Anita por la mano y la condujo á su dormitorio, dirigiendo una mirada de complacencia al rededor de aquella estancia, y deseándola un sueño feliz; aunque notó el anciano al despedirse cierta tristeza retratada en el semblante de su sobrina. En el momento en que esta se habia apartado de la Suiza, habia manifestado un gran sentimiento, hablando rara vez con los que se acercaban á ella, y si respondia era brevemente, y con monosílabos: en una palabra, parecia víctima de una secreta inquietud ó de un pesar desconocido. Aunque su tio lo habia notado, lo atribuyó al disgusto natural que debia esperimentar aquella al tener que separarse de él; lo cual no debia tardar en suceder, y tambien al pesar que la causaba el deber abandonar la apacible mansion en que habia pasado tantos años de su primera edad.

Peio luego que Ana de Geierstein, entró en su cuarto, todos sus miembros temblaron, la palidez cubrió su rostro y se dejó caer sobre una de las dos camas. Su postura era triste; tenia la cabeza apoyada en sus manos, y des-

cansaban sus brazos en las rodillas; de modo que parecia sumida en la mas terrible afliccion, ó acometida de alguna séria enfermedad. Arnaldo no conocia muy bien todas las causas que pueden agitar el corazon de una muger: veia padecer á su sobrina, pero solo lo atribuia á efectos naturales causados por el cansancio, y aun la reprendió con suavidad por haber perdido el carácter propio de las jóvenes suizas, cuando aun estaba tan cerca de su pais, que podia percibirse el viento que soplaba de aquellas montañas.

Es menester que vean, la dijo, las mugeres de Alemania y de Flandes, que nuestras hijas no han degenerado del valor que tuvieron sus madres; pues en este caso seria preciso dar nuevas batallas, semejantes á las de Sempach, y de Laupen, para convencer á estos habitantes, de que los suizos de estos tiempos tienen tanto denuedo como sus antepasados. En cuanto á separarnos, no tengo miedo: mi hermano es conde del imperio, ciertamente, y quiere que todos los que deben estar sujetos á sus órdenes, le obedezcan: os llama á su compañia para hacer ver que tiene derecho de hacerlo asi; pero yo le conozco bien: luego

que haya visto que le obedeceis con presteza, ya no se acordará mayormente de vos; y asi no hay que temer nuestra separacion. ¡ Ah pobre joven! ¿qué ayuda le podeis prestar en sus intrigas de corte ni en sus proyectos de ambicion? No, no, sois incapaz de servir para las intenciones del conde, y asi será menester que volvais á reinar en mis rebaños, y á ser la joya y el ornato de vuestro anciano tio.

-- ¡ Ojalá que estuviésemos allí ahora! esclamó Ana, con un aire de desconsuelo, que envano trató de reprimir.

-- No es posible eso, hija mia, respondió el Landamman, que todo lo tomaba al pie de la letra; no es posible hasta que hayamos cumplido el objeto de nuestro encargo; pero creeme Ana, come alguna cosa, bebe un traguito, acuestate despues, y mañana te dispertarás mas alegre que un dia de fiesta en Suiza, cuando la flauta se hace oir desde antes de amanecer.

Ana pretestó entonces un fuerte dolor de cabeza, que no la permitia tomar cosa alguna, y se despidió de su tio; dijo en seguida á Liseta que fuese á buscar lo que quisiese para sí, y la encargó que al volver hiciese el menor

ruido posible, y que si dormia no la interrumpiese el sueño; pues la era necesario. Arnaldo Biederman, se despidió de su sobrina con la mayor ternura, y fue á reunirse con sus compañeros, que le esperaban ya con impaciencia para dar el asalto á los manjares de que estaba bien provista la mesa; siendo igual en jóvenes y en ancianos la disposicion y buen apetito.

El diputado de Schwitz, como el mas anciano de la compañia, dió la señal del ataque, empezando al instante todos los viageros, á escepcion de la primera patrulla que ya habia salido, y los tres centinelas que estaban ya colocados en sus puestos; sus operaciones con tal viveza, que se conocia bien la actividad de su apetito, fomentado por el largo espacio que habian estado esperando á vista de los manjares. El Landamman mismo, cuya templanza parecia las mas veces abstinencia, se hallaba aquella noche mas dispuesto que otras veces, á disfrutar los placeres de la mesa. Su amigo el de Schwitz, siguiendo su egemplo, comió, bebió, y habló mas de lo que acostumbraba. Los otros dos diputados hicieron tambien cuanto pudieron, sin arriesgarse á que aquel convite se pudiera llamar una comilona. El ancia-

no Philipson, miraba aquella escena con atencion, y solo echaba vino en su vaso cuando lo exigia la necesidad de brindar: su hijo, como vamos á ver, habia salido de la sala antes de empezarse la cena.

Arthur habia hecho ánimo de juntarse con los que debian salir á patrullar por fuera, ó hacer centinelas dentro del castillo; y se habia puesto de acuerdo en algunas cosas con Segismundo, tercer hijo del Landamman; pero antes de empeñarse en ningun servicio, y habiendo dirigido una mirada á Ana, habia observado en su rostro una espresion tan profunda y respetuosa, que no le fue posible pensar en otra cosa, sino en los motivos que pudieran haber causado semejante variacion. Su frente por lo comun franca y serena; sus ojos candorosos, que á un mismo tiempo espresaban inocencia y tranquilidad; sus labios que ayudados por un mirar tan sencillo como sus palabras, parecian estar siempre dispuestos á revelar con dulzura y confianza, cuanto encerraba su corazon; todo, todo habia cambiado en ella en aquel momento de carácter y de espresion, pero de un modo tal, que era forzoso atribuir aquella mudanza, á algunas causas estraor-

dinarias. El cansancio podia muy bien haber marchitado las rosas de sus megillas, un mal repentino podia tambien haber empañado el brillo de sus ojos y oscurecido su frente; pero la profunda tristeza con que Ana fijaba sus ojos en el suelo, dirigiendo otras veces á su alrededor miradas llenas de espanto, debian indudablemente tener otro principio. Ni la fatiga ni el mal, podian esplicar la contraccion frecuente de sus labios; como si estuviese pensando en hacer ó decir alguna cosa que la causase espanto: otra era la causa de aquel temblor casi imperceptible, que á veces agitaba todos sus miembros, y que parecia costarla tanto trabajo ocultar: semejante variacion debia provenir del corazon ó de un motivo aflictivo y penoso. ¿Cuál podria ser?

Es cosa peligrosa para la juventud, ver á la belleza adornada de todos sus encantos, y armada del deseo de conquistar voluntades, pero no lo es menos verla en el estado de sencillez, cediendo sin afectacion á los caprichos del momento, y procurando agradarle. Hay tambien hombres cuyo corazon se conmueve mas al ver una belleza sumergida en el pesar, y esperimentando la dulce piedad que de aquel

dimana, y cuyo sentimiento, segun el poeta, difiere tan poco del amor; pero en una alma revestida de ideas romancescas la vista de una joven amable, que se hallaba evidentemente en un estado de terror y de padecimiento, sin que se supiese el motivo; debia indudablemente causar todabia mas impresion, que la hermosura en todo su esplendor, con toda su ternura, y en su mayor afliccion. El joven Filipson miraba, pues, á Anita, con una curiosidad tan viva, mezclada de tanta compasion y ternura, que la bulliciosa escena que pasaba á su alrededor, se ocultaba á sus ojos, y solo le parecia que aquel ruido tenia por objeto lo mismo que á él le interesaba.

¿Cual era, pues, la causa que tanto abatia á un espiritu tan rectificado, á un valor tan superior al de las personas de su sexo; y cuando se hallaba defendida por una numerosa escolta, compuesta de hombres, quizás los mas valientes de la Europa, y en un castillo fortificado, donde aun la muger mas tímida se hubiera creido segura? El ruido de un combate, si llegase á suceder, no debia intimidarla mas que el espantoso rumor que formaban las aguas que tantas veces habia mirado con indiferen-

cia, á lo menos, se decia Arthur á sí mismo, debe creer que existe un hombre, cuyo afecto y reconocimiento le ponen en la obligacion de pelear por ella hasta el fin de su vida. ¡Ojala! continuaba él, siempre enagenado en sus pensamientos, pueda yo demostrarla, y no solo con palabras, cuan invariable es mi resolucion de defenderla por grandes que sean los riesgos.

Mientras que estos pensamientos, se sucedian rápidamente en el espíritu de Arthur, Ana en uno de aquellos momentos de abatimiento que parecian anonadarla, alzó los ojos, dirigiendo sus miradas á todos lados con cierto aire de temor, como si recelase ver entre sus compañeros de viage, algun objeto funesto; encontrándose por último con los del joven ingles, que la estaba mirando con la mayor atencion; pero al momento los bajó manifestando en lo sonrrojada que se puso, que sentia haber llamado la atencion de aquel joven.

Este por su parte conoció que no se habia abochornado menos, y asi se apartó para que ella no pudiese notarlo; mas cuando Ana se levantó para retirarse, acompañada de su tio, como ya lo hemos relacionado, se le figuró á

Filipson que se encontraba sepultado en la oscuridad de una bóbeda: pero como continuase absorto en sus meditaciones, la voz bronca de Donnerhugel, vino á sacarle de aquel estado, diciéndole al oido.

-- ¡Que es eso, camarada! ¿nuestra marcha de hoy os ha cansado tanto que os dormis en pie?

-- Nada de eso, Hauptman, contestó Arthur, saliendo de su inaccion, y dando á Rodulfo este título, que de comun acuerdo le habian dado los jóvenes de la escolta, y que significa gefe ó capitan. No me duermo, ni quisiera dormirme si es menester velar.

-- ¿A donde pensais estar al cantar el gallo la primera vez? Donde me llame mi deber ó vuestras instrucciones, Hauptman. Pero si me lo permitis, quisiera hacer la centinela del puente, en lugar de Sigismundo, hasta la media noche. Sigismundo corriendo tras de un gamo, se ha torcido un pie, y se resiente todavia, por cuya razon le he aconsejado que se retire á descansar un rato, y yo ocuparé su puesto.

-- Bien hará en callar ese pequeño accidente, pues el Landamman es un hombre que no admite escusas de tan poca consideracion, y

los que estan á sus órdenes deben ser fuertes como el hierro, insensibles como el plomo, y deben tener sus miembros robustos como los osos.

— Yo he estado algun tiempo hospedado en casa del Landamman, dijo Arthur, y no he visto que su disciplina sea tan rigorosa.

— Sois estrangero, y el anciano es muy cortés para imponeros la menor obligacion, contestó Rodulfo; sois voluntario, y asi podeis tomar la parte que os acomode en nuestras diversiones y en nuestros servicios militares; y si os propongo que hagais la segunda patrulla, es solo contando con que os sea grato el hacerlo asi.

— En este momento me considero bajo vuestras órdenes, pero si lo teneis á bien, haré la centinela hasta el primer canto del gallo, hora en que seré relevado, y entonces tendré gusto en pasearme por un campo mas dilatado.

— Eso tal vez seria esponeros á una fatiga, superior á vuestras fuerzas.

— Quizás no tendré menos que vos, que os proponeis pasar en vela toda la noche.

— Puede ser muy bien, pero yo soy suizo.
Y yo ingles, contesto Arthur, con viveza.

— Habeis entendido la espresion que acabo

de decir, bajo otro sentido del que yo quiero espresar: lo que quiero dar á entender es que debo estar mas interesado en este asunto que vos que sois estrangero.

— Sin duda que soy estrangero, pero he recibido en vuestra casa la hospitalidad, y por tanto me considero obligado á tomar parte en vuestros trabajos todo el tiempo que esté en vuestra compañia.

— Enhorabuena: á la hora en que deben relevarse las primeras centinelas, concluiré mi primera ronda, y estaré pronto á empezar otra segunda en vuestra amable compañia.

— Convengo, y ahora me voy á ocupar mi puesto, pues sospecho que Sigismundo me acusará ya de haber olvidado mi promesa.

Dicho esto, se dirigieron ambos á la puerta, donde Sigismundo entregó sus armas y su puesto al joven ingles asi que se presentó, confirmando de este modo la opinion que se tenia de él, de indolente y menos activo que sus hermanos, de lo que Rodulfo no pudo menos de enojarse. ¿Qué diria el Landamman, le preguntó, si te viese ceder asi el puesto y las armas á un estrangero? Diria que he hecho bien pues siempre nos encarga que dejemos

hacer al forastero lo que mejor le acomode, y si Arthur se ha prestado á hacer este servicio, es por pura voluntad, pues yo no se lo he mandado: por lo tanto, amigo mio, si preferis un buen fresco y la claridad de la luna á un dulce sueño en una buena cama de heno bien seco, consiento y me voy á descansar; pero antes á daros la consigna: á cualquiera que intente entrar en el castillo, le detendreis á no daros el santo y seña; pero dejareis salir á nuestros amigos, á quienes conoceis, sin preguntarles cosa alguna, ni llamar al arma pues la diputacion puede necesitar enviar algun mensagero.

-- ¡Mal haya tu holgazaneria! esclamó Rodulfo; tu eres el único perezoso, entre todos tus hermanos.-En este caso soy yo solo el cuerdo. Decidme valiente Hauptman, ¿habeis cenado? --¿Y es una prueba, majadero, el no ir sin comer á recorer el bosque? --Si es cordura comer cuando hay hambre, replicó Sigismundo, no puede ser locura querer dormir cuando hay buen sueño: al decir esto el centinela que acababa de ser relevado, bostezando y medio cayéndose volvió al castillo.

-- Este indolente, dijo Rodulfo, tiene sin

embargo fuerzas y no le falta valor; pero ínterin yo critico á los otros olvido mi obligacion: vamos, amigos, vamos.

El Bernés acompañó estas palabras de un silvido, á cuya señal, se juntaron los seis jóvenes que debian seguirle en la patrulla y que esperando su señal habian cenado apresuradamente. Llevaban consigo dos hermosos sabuesos, que aunque amaestrados principalmente para la caza, eran tambien escelentes para descubrir las emboscadas, y con este objeto los llevaban. Uno de los jóvenes, marchaba de abanzada, llevando un perro, y el segundo que obedecia á la menor señal de Donnerhugel, caminaba al lado de este, á quien seguian tres de sus compañeros, yendo los otros dos á retaguardia, á alguna distancia de los demas, y llevando el uno de ellos una bocina para hacer las señales que fuese menester. Este pequeño destacamento atravesó el foso, por medio del puente provisional, dirigiéndose al bosque cercano. La luna que á la sazon estaba en su lleno, permitió á Arthur seguir con los ojos por algun tiempo, la marcha lenta y circunspecta de la patrulla hasta que se ocultó en la maleza.

Cuando este objeto, hubo cesado de atraer sus miradas, y se vió enteramente solo, todos sus pensamientos se dirigieron á Ana de Geierstein, y principalmente consideraba la espresion singular de pena y temor, que se veia pintada aquella noche en su cara: mas ¿el rubor que habia hecho desaparecer por un instante la palidez de su rostro, en el mismo momento en que sus ojos se habian encontrado con los de Arthur, era nacido del terror, de la modestia ó de algun sentimiento mas dulce? La mucha finura del joven ingles, no le permitia interpretar de un modo tan favorable, segun lo hubiera hecho otro mas preciado de si mismo, aquellos síntomas de conmocion interna. Ni la salida ni la pestura del mas claro sol, habian ofrecido jamas á los ójos de Arthur colores tan alagüeños como los que habian adornado las megillas de la joven suiza, á quien no podia apartar de su memoria: no cesando de interpretar de mil modos, las interesantes señales que habia visto pintadas en el semblante de Ana; escediendo en imaginacion á todos los poetas en sus comparaciones alegóricas.

Entre tanto, y cuando estaba enagenado en

semejantes reflecsiones, un pensamiento repentino vino á presentarse á su espíritu. Que le interesaba conocer la causa de la turbacion que la habia agitado. No habia sino pocos dias que la habia visto peor la vez primera, y bien pronto debia separarse de ella, quizás para siempre; por lo tanto no debia ser para él sino una hermosura á quien habia visto algunos momentos, ni debia ocupar en su memoria otro lugar que el de una joven hallada en la casa de un honrado huesped, para no volver jamás á verla. Cuando este pensamiento le acometió, despues de tantas ideas romancescas como circulaban en su entendimiento, hizo un efecto semejante al que causa el harpon en el adormecido cuerpo de la ballena cuando llega á herirla; que haciéndola salir de su entorpecimiento, la imprime de repente la mayor violencia. El arco, bajo el cual hacia la centinela Arthur, le pareció de repente tan estrecho que con la mayor presteza atravesó el puente, y fue á colocarse fuera de él, en el terreno que estaba del otro lado.

Alli, sin apartarse del puesto que debia guardar, segun su obligacion de centinela, se empezó á pasear apresuradamente y como fuera

de sí. El egercicio violento que hizo por algunos minutos trajo la calma á su espíritu, haciéndole al mismo tiempo reflexionar las muchas razones que debian impedirle dedicar su afecto á aquella joven por hermosa que fuese.

-- Tengo aun bastante juicio, se decia á sí mismo paseándose pausadamente con su pesada partesana al hombro; tengo aun bastante entendimiento para no olvidar mis deberes, para pensar en mi padre, que no tiene mas que á mí, y para discurrir acerca del poco honor que yo me haria, si fuese capaz de intentar ser correspondido de una joven, cuyo corazon es franco y puro, y á quien no podria consagrar mi vida en premio de su afecto: pero no, en breve me olvidará, y yo procuraré solo acordarme de ella como de un sueño agradable que en medio de una noche cercada de peligros, como parece serlo mi vida, vino á lisongearme un momento.

Diciendo esto, se detuvo, dejando escapar alguna lágrima, y quedándose apoyado sobre su arma: pero aquella afeccion de sensibilidad duró poco en él, pues ya estaba acostumbrado á combatir sus pasiones, por activas que fuesen; asi es, que haciéndose superior á aquel

abatimiento que esperimentaba en su corazon, volvió á tomar la aptitud de un cuidadoso centinela, fijando toda su atencion en los deberes qne como tal tenia que cumplir, los cuales habia casi olvidado en el tumulto de su agitacion: pero ¿ cual seria su asombro, cuando alzando los ojos vió, á la claridad de la luna, una muger que saliendo del castillo, y atravesando el puente sin decirle una palabra, se dirigia hácia el bosque y que toda se parecia á Ana ?



CAPÍTULO II.

Si está durmiendo ó vela ¿quién lo sabe?
Sueños hay tan marcados y distintos,
Que llevan la ilusion á tal estremo
Que de su realidad nos persuadimos.
Escusable, pues, es en cierto modo
El no creer aun despiertos los indicios
De un caso humano que la mente dice
Ser absurdo, ridículo ó ficticio.

Anónimo.

Aquella sombra, que le pareció ser Ana de Geierstein, pasó por delante de su amante, ó por lo menos su admirador, en menos tiempo del que se puede esplicar; pero tan claramente, que no admitia duda. En aquel mismo momento en que el joven inglés se esforzaba á salir de su abatimiento, y en que acababa de alzar la cabeza en ademan de vigilancia, segun conviene á un centinela, atravesó ella el puente, y pasando muy cerca de él, sin dirigirle una sola mirada, se habia adelantado con denuedo y rapidez hácia la orilla del bosque.

Aunque la consigna que se le habia dado á

Arthur era de no detener á ninguno que tratase de salir del castillo, y solo sí á los que pretendian entrar; sin embargo parecia muy regular que hubiera saludado, aunque no fuera mas que por política, á aquella joven que acababa de pasar por delante de su puesto; pero su aparicion habia sido tan repentina, que en aquel momento no supo que decirla. Pareciale que su imaginacion le habia hecho ver un fantasma, bajo las formas y facciones del mismo objeto que ocupaba todos sus pensamientos; y asi calló persuadiéndose de que aquella vision no habia sido sino una idea acalorada.

No parecia menos natural que si hubiera sido la misma Ana, habria hecho alguna señal á aquel joven que habia pasado en su casa bastante tiempo y bailado con ella muchas veces, habiéndola acompañado no pocas en sus paseos campestres; pero ella no dió la menor señal de conocerle, y ni aun le miró al pasar; sus miradas se dirigian todas hácia el bosque, á donde caminaba con paso ligero; por último lor árboles la ocultaron, antes que Arthur recobrase la presencia de ánimo necesaria para decidirse á lo que debia hacer.

Su primer impulso, fue reprenderse por haberla dejado pasar sin preguntarla, cuando podia muy bien haberlo hecho, atendiendo los motivos que podian dar margen á semejante salida, y en hora tan estraordinaria. Este pensamiento le arrebató de tal modo, que hechó á correr hácia el bosque, y por el sitio donde habia visto ocultarse la sombra, llamando á Ana en voz alta, aunque no mucho por temor de difundir la alarma en el castillo, suplicándola volviese y le escuchase un momento. Nadie le respondió; mas luego que la espesura de las ramas empezó á obstruirle el paso y á no dejar atravesar bien la claridad de la luna, se acordó en fin de que habia abandonado su deber y espuesto á sus compañeros de viage, que estaban confiados en su vigilancia.

Volvió, pues, apresuradamente al puente, aunque sumergido en una multitud de dudas y de inquietudes. Preguntábase á sí mismo, cual podia ser el objeto que estimulase á una joven tan modesta, y de tan sencillos modales, y cuya conducta siempre habia parecido tan delicada y severa, á salir sola y á media noche, come si fuese una heroina de novela, cuando se hallaba en un pais estraño y algo sospe-

choso. No obstante, le era imposible dar asenso á ningun juicio que pudiese perjudicar á Ana; pues la juzgaba incapaz de accion alguna contraria á su decoro. Pèro trayendo á su memoria el estado de agitacion en que la habia visto aquella noche, y la estraña salida del castillo sin compañia, y á tales horas, le hizo deducir, que alguna causa poderosa, y tal vez poco agradable, la obligarian á obrar asi.

La obserbaré cuando vuelva, decia entre sí, y si hallo ocasion, la manifestaré que hay un corazon sincero que por honor y por reconocimiento, derramará en su obsequio hasta la última gota de su sangre, si fuere necesario, para librarla de cualquier disgusto.

Apenas se habia Arthur asegurado en una resolucion que le parecia tan justa, cuando se puso á reflexionar que Ana de Geierstein, podria haber tenido deseo de ir á Bâle; para donde la habian convidado, y en la que su tio tenia algunos amigos: verdaderamente la hora que habia escogido, no era la mejor para egecutar su proyecto, aunque en Suiza no temen nunca las jóvenes ir solas, aunque sea en la mitad de la noche, y Ana, por ir á ver á una amiga enferma, ú otro cualquier motivo,

habria podido ir sola, á la luz de la luna; aunque hubiera sido á una distancia mucho mayor, que la que mediaba entre el pabellon y la ciudad de Bâle. Obligarla á que le confiase sus secretos era quizas una imprudencia; por otra parte ella habia pasado por su lado sin manifestarle la menor atencion, y por consiguiente se hacia creible que no habia contado con él, ó que no temia ningun riesgo que pudiera sucederla. En semejante caso lo que un hombre de honor debia hacer, era dejarla volver á entrar en el castillo como habia salido, aparentando no haberla visto, y sin preguntarla cosa alguna, dejándola enteramente en libertad de hablarle ó no, segun mas la acomodase.

Otra idea, hija de aquellos tiempos, le ocurrió tambien al pensamiento, aunque sin detenerse demasiado en ella. Aquella sombra tan semejante á Ana de Geierstein, podia muy bien ser una ilusion de sus ojos, ó tal vez una aparicion de las muchas que se contaban en aquel siglo en todos los paises, y principalmente en la Suiza y la Alemania; en cuyo caso nada tenia de particular que su voz se hubiera negado á hablar con un espíritu de naturaleza tan diferente. Algunas espresiones oidas á los

de Bâle, habian dado á entender, que el castillo estaba habitado por seres del otro mundo; pero Arthur habia recibido de su padre, hombre prudente é instruido, una educacion bastantemente sólida para no dejarse arrastrar de las preocupaciones del vulgo; y asi desechó sin gran pena todo temor supersticioso que tuviese relacion con aquella aventura nocturna: por último se decidió á no dejarse llevar de vanas congeturas que podian causarle motivos de inquietud, y á esperar con firmeza la vuelta de la hermosa aparicion; lo cual serviria para aclarar en algun modo aquel asunto, cuando le ilustrase del todo.

Tomada esta resolucion, continuó paseándose en su puesto, teniendo siempre la vista fija en el parage donde habia visto perderse aquella sombra querida, olvidando por un momento el objeto de su faccion, y pensando únicamente en la vuelta de aquella aparicion.

El ruido de armas que oyó por el lado del bosque, le sacó de su enagenamiento: pensando al momento en sus deberes, y acordándose de su padre y demas compañeros de viage, Arthur se colocó en la cabeza del puente, bastante estrecho para poderle defender, y diri-

gió toda su atencion hácia el parage de donde habia partido el ruido, para asegurarse de si amenazaba algun peligro. El rumor de los pasos y de las armas se acercaba, y vió brillar á la orilla del bosque, con la claridad de la luna, algunos cascos y jabalinas; pero la grande estatura de Rodulfo Donnerhugel, que marchaba á la cabeza de sus compañeros, dió á conocer al centinela que los que venian era la patrulla que habia concluido su vuelta, sin embargo dió el quien vive, y puso en práctica todas las demas formalidades de estilo. Rodulfo mandó pasar el puente á su partida, y que despertasen al punto á los que debian formar la segunda patrulla, mandando tambien que se relevase á Arthur por haber cumplido el tiempo de su centinela; en efecto, el relox de la catedral de la ciudad dió las doce, estendiéndose el sonido de la campana con un eco sonoro por aquellos bosques y campos solitarios.

Ahora, pues, amigo, dijo Rodulfo á Arthur, sin duda deseareis ir á tomar algun alimento, y descansar en seguida; ó pensais aun acompañarnos á rondar.

Arthur, de buena gana hubiera preferido quedarse donde estaba para ver si Ana volvia

de la escursion misteriosa; pero no siéndole facil hallar un pretesto, ni queriendo dar la menor sospecha al arrogante Donnerhugel de que fuese menos fuerte que él, ni otro alguno de sus compañeros; sin dudar un solo momento, alargó su parte-sana al indolente Segismundo, que bostezando y estirando los brazos, venia como un hombre á quien se acaba de quitar el sueño, muy apesar suyo, y en el momento en que descansa mas profundamente, diciendo al mismo tiempo á Rodulfo, que estaba pronto á patrullar con él. Los jóvenes que debian acompañarlos, entre los cuales se hallaba Rudiger, hijo mayor del Landamman, no tardaron tampoco en presentarse. El campeon Bernés marchó á su frente y cuando hubieron llegado á la orilla del bosque, mandó á Rudiger que se adelantase con tres de los suyos, diciéndole: marchareis por el lado izquierdo y yo iré por el derecho; juntándonos despues en el sitio convenido: llevad en vuestra compañia uno de los perros, que yo llevaré el otro: Wolf-fanger (asi se llamaba uno de los perros) se arrojará á un Borgoñes si fuere menester como á un oso.

Rudiger, segun la orden que le habia da-

do, marchó con sus tres hombres por el lado de la izquierda, y Rodulfo haciendo marchar á los dos que le quedaban uno á vanguardia y otro á retaguardia, iba en el centro solo con Arthur, habiéndolos colocado á largas distancias para poder conversar mas libremente con aquel y sin riesgo de ser escuchado.

-- ¡Y bien! Rey Arthur, ¿qué piensa S. M. inglesa de nuestros jóvenes suizos? ¿Creeis noble principe que puedan entrar á disputar un premio en una justa ó en un torneo; ó será menester colocarlos entre los caballeros cobardes del Ducado de Cornualla? (1) Si se trata de torneos ó de justas, respondió Arthur, no puedo contestaros, pues jamás he visto á caballo á ninguno de vosotros, ni puesto con la lanza en ristre; pero si se atiende solamente á corazones fuertes y miembros robustos, diré que vuestros valientes suizos pueden hacer frente á cualquiera que sea, y en cualquier pais del mundo donde se aprecie la fuerza física ó moral.

-- Muy bien dicho, joven ingles, replicó Rodulfo; pero sabed que la opinion que nosotros tenemos de vuestra persona no es inferior,

(1) Provincia de Inglaterra con título de ducado.

y voy á daros la prueba ahora mismo. Acabais de hablar de caballos, cosa que yo no entiendo, pero presumo que no comprariais ninguno por muy adornado que estuviese con ricos arneses, sin examinarle primero desguarnecido y en su estado natural.

— Ciertamente, contestó Arthur, hablais como si hubierais nacido en el condado de York, llamado la parte mas florida de toda la Inglaterra. En este caso, os diré, añadió Donnerhugel, que todavia no habeis visto mas que á medias á nuestros jóvenes suizos, puesto que solo habeis podido observar su ciega obediencia á los ancianos de sus cantones, ó todo lo mas en sus cacerias sobre las montañas. Habreis notado sin duda su fuerza y su agilidad, pero no habeis podido conocer el valor y la presencia de espíritu que dirigen á una y otra en las grandes empresas.

El objeto del suizo al hacer estas observaciones, era sin duda mover la curiosidad del joven ingles, pero Arthur tenia demasiado presente en su pensamiento la imagen de Ana de Geierstein, tal como la habia visto pasar por delante de él mientras estaba de faccion, para poder entregarse con gusto á una conversa-

cion del todo opuesta á las ideas que le ocupaban; por tanto hubo de hacer un esfuerzo para responder urbanamente y en pocas palabras, dando á entender que no le quedaba ninguna duda acerca del mérito de los suizos jóvenes ó ancianos, el cual se aumentaria progresivamente segun los fuese conociendo mejor. No dijo mas, y Donnerhugel, quizás engañado en su propósito, viendo que no habia conseguido escitar su curiosidad, siguió marchando en silencio al lado del ingles, el cual durante este tiempo no cesaba de reflexionar si hablaria ó no á su compañero de aquella circunstancia que enteramente ocupaba su espíritu, con la esperanza de que el pariente de Ana de Geierstein, el antiguo amigo de toda su familia, podría aclarar aquel misterio.

Sin embargo, le era muy repugnante hablar con el joven suizo de un asunto concerniente á la hermosa Ana. Era casi imposible dudar que Rodulfo la queria, y aunque Arthur, si se lo hubieran preguntado, habria debido declarar por su propio interés, que no tenia intencion de rivalizar con él, sin embargo no podia sobrellevar la idea, de que era posible que su contrario ganase, y aun el nombre de

Ana le habia desagradado, pronunciado por boca de aquel.

Esta secreta enemistad era sin duda la causa de la invencible oposicion que Arthur conservaba á Rodulfo, aunque hacia los mayores esfuerzos para ocultarla y aun para vencerla. La familiaridad franca pero algo grosera del joven suizo, estaba unida con cierto aire de altivez y de proteccion que de ningun modo covenia con la arrogancia del ingles. Cotestaba al Bernés en sus discursos con igual franqueza; pero muchas veces le daban intenciones de reprimir el tono de superioridad conque los acompañaba. El suceso de su combate no habia dado a Rodulfo ningun derecho para querer aspirar á los honores del triunfo, ni Arthur se consideraba en el número de los jóvenes que por su propio consentimiento se habian puesto bajo las órdenes de Donnerhugel. Philipson gustaba tan poco de aquella afectacion de superioridad, que el nombre de Rey Arthur, con que le apellidaban chanceándose los hijos de Biederman, y que le era tan indiferente en boca de aquellos, le servia de ofensa cuando Rodulfo se le aplicaba. Se hallaba, pues, en la situacion poco placentera de un hombre interior-

mente disgustado, pero que no tiene motivo alguno para manifestar su enojo. El origen de esta secreta simpatia, era indudablemente la ribalidad, sentimiento que Arthur, se avergonzaba de confesarse á si mismo; pero que sin embargo fue bastante fuerte para no permitirle hablar á Rodulfo de la aventura de aquella noche, que tanto le interesaba; y asi como se habia terminado la conversacion entablada por el suizo, camináron largo rato sin hablar una palabra, aunque volviendo sin cesar la cabeza á uno y otro lado y con la mayor vigilancia.

En fin, luegó que hubieron andado como una milla por el bosque y atravesando los campos, habiendo descrito una parte de círculo al rededor de las ruinas del pabellon, y asegurándose de que no habia ninguna emboscada entre el castillo y el parage que recorrian, el perro que seguia al que marchaba delante, se detuvo gruñendo repentinamente. Que es eso Wolf-fanger dijo Rodulfo llegándose al perro, que hay camastrón ¿No sabes distinguir los amigos de los enemigos? Vamos, mira otra vez, no pierdas tu buena fama, que ya eres viejo. ¿Ea que hueles?

El perro como si le hubiera entendido, levantó le cabeza, y despues la meneó, moviendo tambien la cola.

-- Vaya, ya te has enterado, dijo Donnerhugel, pasándole la mano por el lomo: ves sin duda que es un amigo.

El perro volvió á mover la cola y hechó á andar sin manifestar inquietud alguna, y Rodulfo volvió á incorporarse con su amigo.

Me parece que vamos á encontrar á nuestros compañeros, dijo Arthur, y el perro como dotado de sentidos mas perspicaces, lo habrá notado. No me parece facil, contestó el Bernés, que sea ya Rudiger; pues la porcion de terreno que debe andar es mas estensa que la que nosotros hemos recorrido: sin embargo alguno debe haber por aqui cerca, pues oigo todavia gruñir á Wolf-fanger. Mirad bien por todas partes.

Mientras que Rodulfo encargaba á su compañero que estuviese con cuidado, iban entrande ambos en un claro donde solo habia algunos pinos muy grandes y viejos; pero separados unos de otros á bastante distancia, y cuyas cimas alumbradas con la claridad de la luna, hacian parecer mas gruesos y negros sus troncos.

Aqui por lo menos, dijo Rodulfo, tenemos la ventaja de ver claramente cuanto pueda acercársenos; pero sino me engaño, añadió despues de haber echado una ojeada á los alrededores, me parece que acaba de pasar un gamo ó un lobo, y su rastro es sin duda lo que el perro habrá olido. Mirad, ahora se para; si, si, preciso es eso; lo veis, ahora vuelve á marchar.

El perro continuó efectivamente su camino despues de haber estado algun tiempo incierto y aun dado muestras de alarma; sin embargo manifestó tranquilizarse, y siguió.

Es cosa bien estraña dijo Arthur; pero si no me equivoco, me parece que he visto moverse alguna cosa allá abajo, y detrás de aquel matorral, alli, donde se ven tres ó cuatro árboles altos rodeados de algunos espinos y avellanos.

-- Cinco minutos hace que tengo fija la vista en el mismo matorral, y nada veo.--Pues sin embargo, yo estoy seguro de haber visto alli alguna cosa mientras estabais entretenido con el perro; y asi con vuestro permiso, iré á reconocer el matorral. Si estuvieseis enteramente á mis órdenes os lo prohibiria, contes-

tó Rodulfo, pues si son los enemigos, no es conveniente el separarnos, pero sois voluntario y por consiguiente dueño de hacer lo que querais. Os lo agradezco, replicó Arthur, y se encaminó al lugar.

Bien conocia Arthur que obrando asi, faltaba á las reglas de urbanidad, como particular, y quizás á las de la subordinacion como soldado, y que deberia haber obedecido al gefe de aquella tropa, donde se habia alistado aunque voluntariamente; pero por otra parte el objeto que habia visto aunque de lejos, é imperfectamente, le habia parecido asemejarse á Ana de Geierstein, tal como la habia visto una ó dos horas antes desaparecer de su vista á orillas de la floresta; y asi le arrebataba una curiosidad irresistible, queriendo cerciorarse, de si verdaderamente era ella, lo cual no le permitia atender á ninguna otra consideracion.

Antes que Rodulfo hubiera tenido tiempo de contestarle, Arthur, que estaba á mitad de camino hácia el matorral, el cual no era como á él se le habia figurado de lejos, sino que estaba compuesto de algunos arbolillos pequeños, detras de los cuales no hubiera sido facil es-

conderse á no haberse echado en el suelo. Cualquiera objeto blanco que tuviese talla y figura humana, debia pues descubrirse facilmente al traves de las ojas no muy espesas de aquellos arbolillos. Juntábanse á estas observaciones otros pensamientos; si era Ana de Geierstein la que habia visto segunda vez, era preciso que hubiese dejado el camino mas descubierto, con el objeto provablemente de no ser hallada, y entonces ¿que derecho tenia él para llamar la atencion de la patrulla que podria verla? Habia tambien observado que aquella joven, bien lejos de animar las atenciones de Rodulfo Donnerhugel, parecia intentar sustraerse á ellas, y que no hacia mas que conllevarlas cuando la urbanidad no la permitia desecharlas enteramente. Convenia, pues, turbarla en su secreta escursion, todavia mas estraña si se atendia á la hora y al sitio, y por cuya misma razon, quizás desearia ella que fuese mas ignorada de un hombre que no la agradaba. ¿No era tambien posible que Rodulfo hallase un medio para hacer valer sus pretensiones, en el conocimiento que iba á adquirir, de lo que aquella joven trataba de encubrir con el velo del secreto?

Mientras que estas ideas vàgaban en su espíritu, Arthur se detuvo, teniendo siempre la vista fija en el matorral, del cual solo distaba ya unos cincuenta pasos, y aunque le examinaba con toda la atencion que le inspiraban sus dudas y sus inquietudes, un movimiento mas fuerte le llevaba á creer, que el partido mas prudente que podia tomar, era volver donde estaban sus compañeros, y decir á Rodulfo que sus ojos le habian engañado.

Estando en esta indecision, el objeto que ya habia visto se presentó de nuevo al lado del matorral, adelantándose en línea recta, y ofreciendo á su vista como la vez primera las formas y el trage de Ana de Geierstein. Esta vision, pues, el tiempo, el lugar, y la vista repentina de semejante aparicion, le hicieron creer que fuese mas bien una ilusion, que realidad, lo cual hirió á Arthur de una sorpresa muy parecida al terror. Pasó pues esta sombra no lejos de él, sin que tuviese fuerza ni valor para hablarla, y sin que ella manifestase reconocerle; despues de lo cual se dirigió hácia la derecha de Rodulfo y sus compañeros, ocultándose de nuevo entre los árboles.

Mas inesplicables que nunca fueron las du-

das que asaltaron á nuestro joven ingles en esta ocasion, y no hubiera quizás salido de ellas tan pronto, si la voz de Rodulfo no hubiera venido á sacarle de aquel entorpecimiento. . . . .

-- ¿Qué es eso, Rey Arthur, dormis ó estais herido? -- Ni uno ni otro, contestó Arthur; solo estoy lleno de sorpresa. -- ¡De sorpresa! contestó Rodulfo, ¿y por qué? -- Basta de chanzas, esclamó Arthur algo impaciente, y contestadme con seriedad. ¿La habeis visto? ¿No la habeis hallado? -- ¡Visto! ¡hallado! Yo no he encontrado á nadie, y hubiera jurado que podiais decir otro tanto; pues á escepcion de un cortísimo rato, no he apartado los ojos de donde estabais; pero si habeis visto á alguno, ¿por qué no habeis gritado alarma? -- Porque solo era una muger, respondió Arthur pausadamente.

-- ¡Una muger! repitió Donnerhugel, en tono de desprecio: á fé mia, amigo Arthur, que si no hubiera visto brillar en vos algunos rayos de valor, llegaría á creer que sois tan pusilánime como una muger. Es bien estraño que una sombra, durante la noche, ó un precipicio enmedio del dia, hagan temblar un espíri-

tu tan arrogante como el que habeis mostrado cuando: : :

— Y como el que mostraré cuando la ocasion lo exija, esclamó el ingles, recobrando su presencia de ánimo; pero os juro que si me habeis visto un instante turbado, no ha sido por temor de ningun objeto terrestre.

— Volvamos á marchar, dijo Rodulfo; pues no debemos abandonar la seguridad de nuestros amigos. Lo que decis haber visto, podria muy bien ser solo una astucia para retardar el cumplimiento de nuestros deberes.

Atravesaron aquel sitio con presteza, habiendo bastado un corto espacio para restablecer el equilibrio en el espíritu de Philipson, y para hacerle conocer con disgusto que acababa de representar un papel ridículo y poco decoroso, en presencia de un hombre que hubiera querido fuese el último que supiese su debilidad.

Arthur hizo un ligero recuerdo en su memoria de las relaciones que existian entre él, Donnerhugel, el Landamman, su sobrina y el resto de la familia; y asi, á pesar de la resolucion que algunos momentos antes habia formado, se convenció de que era su obligacion

dar parte al gefe, á cuyas órdenes iba, del estraño suceso que en el discurso de aquella noche habia presenciado dos veces. Podia muy bien haber en ello razones de familia, que á los ojos de los parientes de Ana, esplicasen su conducta misteriosa. Ademas, él se hallaba entonces en la clase de soldado, y como tal tenia obligaciones que cumplir; pudiendo muy bien aquel secreto ocultar riesgos que fuese necesario evitar. En uno y otro caso, debia instruir á su compañero de lo que habia visto. Facil es de creer que Arthur adoptó esta última resolucion en un momento en que el conocimiento de su obligacion, y la verguenza de la debilidad que habia mostrado, se hicieron superiores al interés particular que manifestaba á Ana; interés que podia tambien haberse disminuido por la incertidumbre misteriosa que los sucesos de aquella noche habian esparcido, como una nube espesa, al rededor de la que èra el objeto del mismo.

Mientras que las ideas del joven ingles vagaban de este modo en su pensamiento; su capitan, ó mas bien su compañero, despues de un rato de silencio, le habló así.

-- Creo, amigo mio, le dijo, que siendo en

este momento gefe vuestro, tengo algun derecho para exigir que me hagais relacion de lo que habeis visto; pues es preciso que haya sido alguna cosa muy estraordinaria para haber podido agitar de tal modo un corazon tan firme como el vuestro. Si pensais no obstante, que la seguridad general permite diferirlo hasta que volvamos al castillo, ó si preferis declarárselo vos mismo al Landamman, no teneis mas que decírmelo, y no os volveré á instar para que hagais de mi una confianza que no creo desmerecer; y aun os permitiré que os separeis de nosotros y volvais al punto al castillo.

Semejante proposicion tocó cabalmente la sensibilidad de aquel á quien se dirigia. Una peticion perentoria de su confianza, hubiera tal vez provocado su negativa; pero el tono moderado y amistoso que habia usado Rodulfo, se unió muy bien con las propias reflexiones de Arthur.

— Conozco muy bien, Hauptman, le dijo, que debo informaros de lo que he visto esta noche; pero la primera vez no me creia obligado á hacerlo, y cuando he vuelto á ver por la segunda al mismo objeto, me ha causado tal sorpresa, que apenas puedo encontrar pala-

bras para espresarlo. -- Como no puedo adivinar lo que habeis visto, es preciso os ruegue me lo espliqueis, pues nosotros los suizos tenemos la cabeza muy dura para adivinar enigmas.

-- Lo que voy á contaros, amigo Rodulfo, lo es verdaderamente, y tan oscuro, que me es absolutamente imposible hallar su solucion. Mientras que estabais haciendo vuestra primera patrulla, prosiguió Arthur, no sin titubear, y cuando yo estaba de centinela, ví salir del castillo una muger que atravesó el puente, y pasando cerca de mí, se perdió en la arbcleda. --¡Ah! esclamó Donnerhugel, sin decir mas. --Hace cinco minutos, continuó Arthur, que la misma muger salió de entre esa maleza, pasando tambien cerca de mí, y sin hablar una palabra, ocultándose en seguida en el bosque por vuestra derecha. Sabed tambien, que esta aparicion tenia la figura, el andar y el trage de vuestra parienta, Ana de Geierstein.

-- Es cosa bien singular, dijo Rodulfo en tono de incredulidad; aunque me parece que no debo dudar de lo que me decis, pues segun el espíritu de caballería del norte, lo tendriais por una injuria mortal: no obstante me atrevo

á deciros que veo tambien como vos, y que no os he perdido de vista ni un minuto; apenas estábamos cien pasos distantes del sitio donde os he hallado en el mas completo asombro: ¿como es posible que nosotros hayamos dejado de ver lo mismo que tan seguro estais de haber visto?

— Esta es una cuestion que yo no puedo resolver: tal vez no mirariais hácia mí en el pequeño espacio de tiempo que yo vi aquella figura humana; ó quizás, y como dicen que sucede en las apariciones, que solo las vé el sugeto á quien se presentan, no habrá sido visible sino para mí. — Luego suponeis que semejante aparicion haya sido imaginaria ó sobrenatural. — Que quereis que os diga: uno y otro podria suceder; y mas quiero creer que asi sea, que suponer á Ana de Geierstein, joven modesta y bien educada, corriendo las florestas, sola y á semejantes horas, en las cuales el cuidado de su seguridad, y la conveniencia del descanso, deben obligarla á permanecer en su cuarto. — Es muy cierto cuanto decis: sin embargo, corren rumores, aunque vagos, de que Ana de Geierstein no es enteramente como las demas jóvenes, y que muchas veces se la ha

hallado en sitios donde parecia imposible haber llegado sin ausilio estraño. — ¡Cómo! esclamó Arthur; tan joven, tan hermosa, y sabe hechicerias! — No digo yo eso, contestó el Bernés; pero en este momento no puedo deciros mas: cuando volvamos al castillo tendré ocasion de hablaros mas estensamente. Mi objeto principal al pediros me acompañaseis á patrullar, ha sido presentaros á algunos amigos, que os alegrareis de conocer, y que desean veros, y en este sitio debo encontrarlos.

Al decir esto, dieron la vuelta á un peñasco, dejándose ver á los ojos de Arthur una escena muy inesperada.

En un rincon que formaba la roca, ardia un gran fuego, á cuyo alrededor estaban sentados ó echados unos quince jóvenes vestidos de suizos, pero adornados sus trages con bordaduras de oro y plata que brillaban á la luz de las llamas, del mismo modo que los vasos del propio metal llenos de vino que corrian de mano en mano, y los grandes frascos que habia de aquel licor. Arthur reconoció tambien que habia señales de una gran comida que sin duda venia de concluirse.

Los convidados se levantaron apresurada-

mente al llegar Donnerhugel, quien por su talla era facilmente conocido, saludáronle con el nombre de Hauptman, con todas las demostraciones de un verdadero afecto; pero sin hacer gran ruido. El recibimiento que hicieron á Rodulfo y sus compañeros, manifestaba el gusto que tenian de verlos, mientras que su sigilo indicaba claramente que venia de secreto, y que debian recibirle del mismo modo.

Al buen acogimiento que le habian hecho contestó: -- Os doy gracias, valientes compañeros, ¿pero habeis visto á Rudiger? -- Ya veis que no ha llegado aun, valeroso capitan, respondió uno de aquellos jóvenes; si hubiera venido, le habriamos hecho que os aguardase.

-- Mucho tarda, dijo el Bernés. Tambien nosotros nos hemos detenido; y sin embargo hemos llegado antes. Compañeros, aqui teneis al valiente ingles, de quien os tengo hablado como de un hombre que debemos desear se asocie con nosotros, para nuestro atrevido proyecto.

-- Sea muy bien venido, tres veces bien venido, dijo un joven, á quien un trage azul ricamente bordado daba cierto aire de superioridad, y en todavia mas bien llegado si nos

trae un corazon y un brazo, dispuestos á ayudarnos en nuestro noble intento. -- Bajo ambos conceptos os respondo de él, contestó Donnerhugel: echad vino, y bebamos por el feliz exito de nuestra gloriosa empresa, y á la salud del nuevo compañero.

Mientras que se llenaban las copas de un vino muy superior á cuantos Arthur habia probado hasta entonces en aquel pais, juzgó conveniente, antes de contraer algun empeño, procurar saber cual era el objeto misterioso de aquella asociacion, que parecia deseaba contarle entre sus individuos; y asi les dijo: -- antes de ofreceros mis cortos servicios, señores; puesto que quereis darlos algun valor, segun parece, no llevareis á mal que os pregunte el fin y clase de la empresa en que debo tomar parte.

-- ¿Como no le has dado, dijo el de lo azul á Rodulfo, todas las instrucciones necesarias, antes de traerle aqui? -- No te dé eso cuidado, Lawrenz, contestó Donnerhugel, conozco bien á mi hombre. Sabe, pues, amigo Arthur que mis compañeros y yo estamos determinados á defender nuestro comercio sin trabas, y á resistir hasta la muerte, si fuese menester, á las

injustas exacciones que quieran imponernos hoy nuestros vecinos. -- Lo entiendo, dijo Arthur, y se que la diputacion actual pasa á ver al duque de Borgoña, para hacerle presente sus quejas.

-- Escuchadme, replicó Rodulfo: es probable que las armas decidirán la cuestion mucho antes que la diputacion llegue á ver al duque de Borgoña, siendo causa de temer un recibimiento muy malo en sus dominios, el habérsenos negado la entrada en Bâle, ciudad neutral y comerciante, por efecto de sus sugestiones; y aun debemos creer que ya habriamos esperimentado los efectos de su rencor, sino hubiera sido por las buenas precauciones que hemos tomado; pues por el lado de la Férette han llegado á reconocer nuestra posición gentes á caballo, y es indudable, que á no habernos visto prevenidos, nos habrian atacado; pero no basta haber escapado de sus asechanzas esta noche, es menester tener cuidado mañana; y por esta misma razon, un cierto número de jóvenes, los mas valientes de la ciudad de Bâle, ofendidos de la pusilanimidad de sus magistrados, han resuelto unirse á nosotros para borrar la mancha que la cobardia y

la falta de hospitalidad de aquellos han hecho caer sobre el lugar de su nacimiento.

Lo mismo que haremos antes que el sol, que dentro de dos horas va á parecer sobre el orizonte, haya llegado á su ocaso, dijo Lawrenz, y un murmullo general, dió á conocer el comun consentimiento de todos los que alli habia.

--- Amigos queridos, dijo Arthur, aprovechándose de un instante de silencio, permitidme que os recuerde, que la embajada partió con miras pacíficas, y por tanto, los que componen su escolta, deben evitar toda accion que pudiera agriar los ánimos, cuando se trata de reconciliarlos. Vosotros no debeis temer malos procedimientos en los dominios del duque, puesto que el carácter de enviados se respeta en todos los paises civilizados, y aun me atrevo á creer que asi os lo prometeis.

-- Sea como quiera, dijo Rodulfo, podemos ser insultados, y quizas por causa vuestra, y de vuestro padre, Arthur Philipson. -- No os entiendo.

-- Vuestro padre es comerciante, y lleva consigo mercancias, que valen mucho aunque abultan poco. -- Sin duda; ¿pero qué resulta de eso?

-- ¡Cáspita! quiero decir que si no ponemos cuidado, el senescal, ó perro de presa del duque Carlos, heredará una buena parte de vuestras sederias, de vuestros rasos y de vuestras joyas.

-- ¡Sederias, rasos y joyas! esclamó uno de los jóvenes de Bâle; semejantes géneros no pasarán sin pagar derechos en una ciudad donde manda Archibaldo.

-- Amigos mios, dijo Arthur, despues de un momento de reflexion; aquellos géneros pertenecen á mi padre, no á mi; por tanto no debo yo decidir lo que debe hacerse en el particular, ni que parte perderia gustoso aquel por evitar contestaciones que no podrian menos de ser desagradables para unos y otros, y asi unicamente podré deciros, que tiene asuntos importantes que evacuar en Borgoña, y que deben hacerle desear llegar allá en paz con todo el mundo, y aun me atrevo á asegurar que antes de esponerse á tener cuestiones con la guarnicion de la Férette, sacrificaria gustoso todos los géneros que tiene en su poder: por tanto, amigos os pido me deis tiempo de consultar su voluntad en este punto, prometiendoos que si su intencion es reusarse al pago de los de-

rechos, que se le quisieran exigir á nombre del duque, encontrareis en mí un hombre dispuesto á pelear hasta perder la vida.

-- Muy bien, Arthur, dais pruebas de buen hijo, y vivireis largos años sobre la tierra. No creais tampoco que nosotros desobedecemos á nuestros mayores, aunque en este instante nos parece mas justa la obligacion de consultar los intereses de nuestra patria que es la madre comun de padres é hijos, y como conoceis bien nuestro respeto al Landamman, creo no dudareis que nuestro intento no es ofenderle, cometiendo hostilidades inconsideradas y sin motivos poderosos, pero si intentasen robar á su huesped, su resistencia no terminaria sino con su vida, y estamos creidos en que tanto vuestro padre, como vos, estabais dispuestos á vengar tamaña injuria. Sin embargo, si vuestro padre tiene por conveniente presentar su piel para que sea trasquilada por Archibaldo, cuyas tigeras saben cortar bien, será inutil y aun poco conveniente que nosotros le ofrezcamos nuestra intervencion; entre tanto, sabed que si el gobernador de la Férette no se contenta con la Lana, sino que quiere tambien la piel, tendreis gentes en mayor número del que

podeis presumir, dispuestas á socorreros con fuerzas suficientes.

Bajo estas condiciones, dijo Arthur, doy gracias á estos señores de la ciudad de Bâle, ó de donde sean, y beberé gustoso por el aumento de nuestra íntima amistad.

— ¡Salud y prosperidad á los cantones unidos y á sus amigos, esclamó Lawrenz, y muerte y confusion para todos sus contrarios!

Todas las copas se llenaron, y en vez de aclamaciones ó aplausos, los jóvenes manifestaron su decision por la causa que habian abrazado, apretándose las manos y blandiendo sus armas, pero sin hacer gran ruido.

— De este modo, dijo Rodulfo Donnerhugel, fue como nuestros ilustres antepasados, fundadores de la confederacion Helvética se reunieron en el celebrado campo de Rutli, entre Uri y Underwald. De este modo y bajo la bóbeda celeste fue como juraron, lo que la historia nos confirma con hechos celebrados.

— La misma que algun dia, añadió el joven Lawrenz, transmitirá á la posteridad, que los actuales suizos, supieron conservar los blasones adquiridos por sus padres. Proseguid vuestra ronda, mi querido Rodulfo, y estad segu-

ro de que á la primera señal del Hauptman, los soldados se reunirán pronto; pues nada há variado en nuestros convenios, á no ser que tengáis nuevas órdenes que darnos.

Escuchad una palabra, dijo Rodulfo á Lawrenz, apartándole de los demas, aunque Arthur pudo oir que decia á su compañero:

— Cuidad de que no haya escesos en el beber, y si hay mucho de ese vino esquisito del Rin, derramad algun frasco, como sin querer; pues ya sabeis el refran que dice: no hay caballo que no tropiece por muy bueno que sea: no os fieis de Rudiger en este punto; pues le gusta el vino, y nuestros brazos asi como nuestros corazones, han de estar prontos para lo que pueda ocurrir mañana.

Prosiguieron hablando por algunos minutos annque tan bajo, que Arthur no pudo entender mas; por último se despidieron, dándose las manos con la espresion de la mas íntima amistad.

Rodulfo y sus compañeros volvieron á ponerse en marcha, pero apenas habian perdido de vista á los que acababan de dejar, cuando el joven que marchaba de abanzada, dió la señal de atencion, lo cual conmovió vivamente

el corazon de Arthur. ¡Si será Ana! se dijo á si mismo.

-- Mi perro no se ha movido, dijo Rodulfo, y eso prueba que son nuestros compañeros.

Efectivamente era Rudiger con su pequeño destacamento, ambas partidas hicieron alto, y despues de haberse dado la contraseña, de estilo, pues los suizos estaban ya bastante adelantados en la disciplina militar, oyó Arthur que Rodulfo reprendia á su amigo Rudiger de no haber llegado antes, vuestra llegada le dijo, va á hacerlos beber otra vez, y es menester que el dia nos encuentre firmes y serenos.

Firmes como la roca, y serenos como el agua helada, que no tiene ningun movimiento, noble Hauptman, respondió el hijo del Landamman.

Rodulfo le encargó de nuevo la templanza, y el joven Biederman le prometió seguir sus consejos. Ambos destacamentos se separaron despues de haberse dado pruebas de mutuo afecto y en breve se perdieron de vista.

El terreno estaba mas descubierto por aquel lado, que no por el frente de la puerta principal del castillo, solo se encontraban algunos

árboles esparcidos sin orden, y no habia matorrales ni tampoco barrancos donde pudiera ocultarse alguna emboscada; lo cual ayudado de la claridad de la luna permitia á la vista dominar una buena estension del pais.

Debemos considerarnos en este sitio bastante seguros para poder hablar, dijo Rodulfo, por tanto Rey Arthur, quisiera me digieseis, ¿qué pensais ahora de nuestros jóvenes suizos? Y si no sabeis todo lo que yo desearia, echarle la culpa de eso á vuestro jenio poco franco, que nos ha impedido concederos una entera confianza.

Me la habeis concedido en cuanto yo he podido merecerla, y á la que no tenia ningun derecho mas que vuestra voluntad. En cuanto á mi opinion, respecto á vuestras intenciones, esta es en pocas palabras. Vuestros proyectos son nobles y elevados como las montañas de vuestro pais, pero el estrangero que ha vivido siempre en llanuras no está acostumbrado á los senderos tortuosos que seguis para subir á su cumbre; mis pies estan acostumbrados á marchar siempre en línea recta, y sobre un terreno igual.

— Me hablais enigmáticamente.

— Nada de eso, quiero decir, que me parece deberiais advertir á los diputados, pues son vuestros géfes, á lo menos en el nombre, de que esperais ser atacados en las cercanias de la Férette, y que contais con el socorro de los habitantes de Bâle.

— Ciertamente; ¿pero que resultaria de eso? El Landamman se mantendria quieto hasta que volviese el mensagero, que indudablemente embiaria al duque, con el fin de adquirir un salvo-conducto, el cual si se le concedian quitaba toda esperanza de guerra.

— Es verdad, pero el Landamman conseguiria su objeto principal y llenaria los deberes de su mision, que es la consolidacion de la paz.

— ¡La paz! ¡la paz! esclamó el Bernés con viveza. Si yo fuera el único cuyos deseos estan en contradiccion con los de Arnaldo Biederman, á quien respeto por su valor y patriotismo, como por su honradez y buena fé, desde luego á la menor insinuacion que me hiciese envainaria mi espada aun cuando estuviese al frente de mi mayor enemigo; pero mis deseos no son los de un hombre solo, son los de todo el canton de Berna, y de todo el de Soleure, los cuales estan por la guerra. Por me-

dio de una guerra, en una guerra ilustre, fue donde nuestros antepasados se hicieron respetar, en una guerra feliz y gloriosa, fue en la que una raza de hombres, á quienes se miraba con tanta indiferencia como á los ganados que apacentaban, adquirió todo su esplendor, siendo luego tan honrada por el temor que se la tuvo, como habia sido despreciada cuando no presentaba ningun poder.

Todo eso puede ser verdad; pero segun mi modo de pensar, el fin de vuestra mision ha sido determinado por la dieta, la cual resolvió enviaros como mensageros de paz, y vos aunque en secreto soplais el fuego de la guerra, é ínterin que los demas compañeros vuestros, mas reflexivos por su edad, piensan emprender un viage pacífico mañana, vosotros os preparais al combate y aun buscais pretestos para que se verifique.

-- Y qué, ¿no tenemos razon para prepararnos? Si en el territorio de Borgoña nos reciviesen pacíficamente, segun decis lo esperan los demas diputados, mis precauciones serán inútiles; pero de ningun modo perjudiciales; mas si por el contrario no sucediese asi, nuestras medidas servirán para preservar de

grandes desgracias, á mis compañeros, á mí pariente Arnaldo, á mi prima la hermosa Ana, á vos mismo y á vuestro padre; en una palabra á todos los que alegremente viajamos juntos.

-- Hay en todo eso, dijo Arthur, meneando la cabeza, alguna cosa que yo no entiendo ni quiero entender, lo que sí os ruego es que no trateis de buscar en los intereses de mi padre, un motivo para romper la paz. Me habeis dado á entender que lós negocios de mi padre podian empeñar al Landamman en una cuestion que de otro modo no hubiera tenido lugar, y estoy cierto de que mi padre lo sentiria en estremo.

-- En este punto ya he dado mi palabra, mas si el acogimiento que le haga el gobernador de la Férette no le fuese tan grato como vos suponeis, no será malo que esteis enterados de que en caso de necesidad, no le faltarán amigos firmes y valerosos que vuelen á sû socorro.

-- Os agradezco la promesa.-Y tambien vos, querido amigo, hareis bien en aprovecharos de lo que habeis oido, pues asi como no se va á las bodas cargado de armas, tampoco se debe ir á un combate vestido de seda.

— Estoy dispuesto para cuanto pueda suceder, pero sin embargo, y agradeciendo vuestra amistosa advertencia, me pondré una ligera cota de malla, que está hecha á toda prueba.

— No debeis darme gracias, pues no mereceria ser Hauptman, sino hiciese conocer á los que me siguen, y principalmente á un hombre tan valiente como vos, el momento en que es menester cargar con la armadura y prepararse á los golpes.

La conversacion cesó por algunos instantes; no habiendo quedado muy satisfechos uno de otro, ambos compañeros; aunque ninguno quiso indicar el menor disgusto.

El Bernés juzgando á los comerciantes, segun los sentimientos de su propio pais, estaba casi seguro de que el ingles hallándose apoyado por la fuerza, se aprovecharia de la ocasion para negarse á pagar los escesivos derechos que habian de imponerle en la inmediata ciudad, lo que hubiera sido causa, sin que Rodulfo pareciese contribuir á ello; de que Arnaldo Biederman, rompiese por si mismo la paz declarando la guerra al mismo momento. Por otra parte el joven Philipson no podia comprender ni aprobar la conducta de Donnerhu-

gel, que siendo el mismo individuo de una diputacion pacífica, parecia no animarle otro deseo mas que el de encender la discordia.

Ocupados en estas diferentes reflexiones, caminaron algun tiempo uno al lado del otro, pero sin hablar palabra. Por fin, Rodulfo rompió el silencio diciendo á Arthur: ¿No escita ya vuestra curiosidad, señor ingles, la aparicion de Ana?

— Si por cierto; pero no queria cansaros con demandas, mientras que estais desempeñando los deberes de vuestra ronda.

— Podemos darlos ya por concluidos, pues no hay en los alrededores ni una sola mata que pueda ocultar á un hombre; siendo suficiente que demos una ojeada de tiempo en tiempo, por evitar cualquier sorpresa; asi, pues, escuchad con atencion una historia que jamas ha sido referida ni cantada en ninguna torre ó castillo, y que se me figura no menos creible que la de los caballeros de la tabla redonda, que los antiguos trobadores nos refieren como crónicas auténticas del famoso monarca, cuyo nombre teneis vos.

Me atrevo á decir, prosiguió Rodulfo, que habeis oido hablar bastantemente de los pre-

decesores de Ana, en la línea masculina: ya sabeis que vivian dentro de las antiguas murallas de Geierstein, cerca de la cascada, oprimiendo muchas veces á sus vasallos, robando á sus vecinos menos poderosos, y empobreciendo á los viageros, á quienes su mala estrella guiaba por aquellos contornos, aunque al mismo tiempo, y equivocando las verdades mas sanas, hacian muchas limosnas, iban en peregrinaciones, y aun hubo alguno que asistió á las cruzadas para la conquista de la tierra santa, aunque sin acompañarles en todos estos hechos, la verdadera devocion.

— Tengo entendido que tal es la hisroria de la casa de Geierstein hasta el momento en que Arnaldo ó su padre, segun creo, dejó la lanza para tomar el cayado.

— Pero tambien se dice que los ricos y poderosos barones de Arnheim, de Souabe, cuyo solo descendiente fue la muger del conde Alberto de Geierstein, madre de esta joven, á quien solo se conoce con el nombre de Ana; pero que en Alemania es llamada la condesa Ana de Geierstein, eran muy diferentes de los demas, pues no se limitaban á hacer vejaciones á los desgraciados que caian bajo su po-

der, sino que construian fortalezas llenas de calabozos y provistas de tormentos, para castigar á su salvo á todos sus enemigos.

Estos barones de Arnheim, presumian de sabios, y asi habian convertido su palacio en una especie de academia, donde amontonaron infinidad de libros antiguos y de manuscritos curiosos. Habian formado tambien un gran laboratorio, en el cual pasaban la mayor parte del tiempo, multiplicando esperiencias, para adquirir resultados que eran transmitidos de padres á hijos, como si fuesen arcanos. La fama de su ciencia y riquezas, llegó á estenderse de tal modo y con tal preponderancia, que se tenia por muy cierto que sus conocimientos sobrepujaban al orden de la naturaleza, y que eran ausiliados por un poder sobrenatural. Añadiase á esto la opinion vulgar que los injuriaba diciendo: que si alguna vez se habia presentado á la puerta del castillo algun caballero cristiano, le habian socorrido sí, pero enseñándole al mismo tiempo el camino que debia seguir; mas que si habia llegado algun griego con su larga barba, afectado lenguage, y trayendo algun pergamino con caractéres simbólicos, ó algun rabino con su talmud y su cábala, ó un

moro de atezado semblante, jactándose de haber aprendido el giro de los astros entre los caldeos; todos estos vagabundos é impostores eran admitidos en el castillo y sentados á la mesa del baron, entreteniéndose con ellos en sus diabólicos estudios y en sus esperiencias mágicas.

Tales argumentos que se repetian por todas partes, no llegaron á oidos del Emperador, pero sirvieron sin embargo para escitar la envidia de muchos señores del imperio, que miraban como una cosa muy justa y piadosa, hacer la guerra á los barones de Arnheim. Estos, aunque á nadie provocaban, no eran menos guerreros que los otros, y sabian defenderse tambien como los demas; habiendo sido algunos de ellos tan valientes como instruidos, y tan guerreros como estudiosos. Tenian ademas contraidas alianzas muy poderosas, lo que les hizo tan fuertes como esperimentaron sus contrarios, bien á pesar suyo.

En efecto, las conjuraciones que se formaron contra los barones de Arnheim, fueron disueltas, desconcertados los planes que contra ellos se habian formado, y rechazados los ataques que se les dieron, habiendo esperimenta-

do pérdidas considerables los que se atrevieron á atacarlos: en fin, fue tal la impresion que causó en las cercanias el modo con que resistieron y triunfaron de todas las asechanzas de sus numerosos enemigos, que llegó á creerse que algun poder sobre humano estaba de su parte; por lo que fueron no menos odiados que temidos, aunque lograron hácia su fin el no ser molestados de ninguno de sus contrarios, á lo que tambien contribuyó no poco, la union y afecto que lograron infundir en sus vasallos, siempre dispuestos á tomar las armas para defender á sus señores.

La línea masculina de estos barones, terminó con la muerte de Herman Von Arnheim, abuelo materno de Ana de Geierstein, el cual según costumbre de Alemania, fue enterrado con su espada, casco y escudo, como último baron de la familia; no habiendo dejado mas que una hija única, llamada Sibila de Arnheim, la cual heredó considerables bienes, sin que jamas se haya oido decir, que la infame acusacion de hechiceria que se imputaba á su casa, impidiese que muchos caballeros de la mayor distincion, pidiesen al Emperador, su tutor legal, la mano de aquella rica heredera;

pero Alberto de Geierstein, aunque desterrado de su patria, fue quien logró ser preferido. Era este un hombre bien formado y al mismo tiempo muy político, lo que le sirvió de recomendacion á los ojos de Sibila. El Emperador, que se ocupaba entonces en el proyecto de recobrar su autoridad en las montañas de la Suiza, deseaba no poco mostrarse generoso con Alberto, por lo que le concedió la mano de aquella. De todo esto podeis deducir, noble Arthur, que Ana de Geierstein, único vástago de aquella familia, no desciende de estirpe vulgar, y que cuanto tiene relacion con ella, no debe juzgarse ni esplicarse con tanta facilidad como si se hablara de otra persona cualesquiera.

— A fé mía, señor Rodulfo, dijo Arthur, haciendo un grande esfuerzo para ocultar sus sentimientos, que en todo lo que acabais de decir no encuentro otra cosa de particular, sino que algunos necios han querido disfamar á esta amable joven, siempre amada y respetada de cuantos la conocen, haciéndola pasar por iniciada en conocimientos ilícitos.

Rodulfo, despues de algunos momentos de silencio, respondió: — Me hubiera alegrado de

que hubiese sido bastante para instruiros, lo que acabo de decir á cerca de la familia materna de Ana de Geierstein, lo cual me parecia suficiente para esplicar en algun modo, lo que segun vuestra misma relacion habeis visto esta noche; pues á la verdad me es repugnante entrar en otros pormenores. La buena fama de Ana, á nadie puede serle mas grata que á mi, que soy, despues de su tio, uno de los parientes mas inmediatos; y quizás si se hubiera quedado en la Suiza, ó volviese á ella, como es probable, llegarian á unirnos lazos mas estrechos. Verdaderamente, el único obstáculo que hasta ahora se ha opuesto, procede de ciertas opiniones de su tio á cerca de la autoridad paterna y de nuestro parentesco, el cual no es tan inmediato, que no pudiéramos obtener dispensacion: os digo esto, solo para demostraros que debo tener mucho mas interés en la reputacion de Ana, que vos que sois un estrangero, que no la conoceis sino de cuatro dias, y que estais para apartaros de ella, tal vez para siempre.

Esta especie de razonamiento causó tanto disgusto á Arthur, que le fue preciso valerse de toda su razon para responder con alguna serenidad.

— No tengo motivo alguno, señor Hanptman, le contestó, para revatir la opinion que podeis tener formada de una joven con quien estais tan íntimamente emparentado, como es Ana de Geierstein; solamente me admira, que debiendo por la misma razon tener con ella las mayores atenciones, os degeis llevar de una creencia popular ofensiva á la misma joven con quien decis deseais contraer alianza mas estrecha: sabeis, pues, que en todo pais religioso, la hechiceria es una injuria la mas odiosa.

— Y estoy tan lejos de creer semejante acusacion, prorrumpió Rodulfo, que á cualquiera que se atreviera á espresar semejante pensamiento contra Ana, le desafiaria á batirse conmigo, hasta que uno de los dos perdiese la vida; pero ahora no se trata de si ella egerce ó no la hechiceria, el que lo creyere, deberia al mismo tiempo pensar en ponerse bien con Dios, y en abrir su sepultura. La duda es, si como descendiente de una familia, que segun se asegura, ha tenido íntimas relaciones con el mundo invisible, con los espíritus aëreos y con seres de especie diferente de la nuestra, no podria alguno de estos haber tomado su figura,

presentándose á nuestros ojos bajo su misma forma; y por último, si semejantes espíritus, pueden divertirse á su costa, siendo asi que no pueden hacerlo con aquellos que murieron como verdaderos cristianos; y como yo deseo por otra parte, conservar vuestra íntima amistad, quiero comunicaros otras circunstancias relativas á su genealogia, las cuales confirmarán lo que os dige antes: pero debo preveniros que esta es una confianza amistosa, por lo que espero me guardareis un inviolable secreto, so pena de incurrir en mi enojo.

— Guardaré el secreto, respondió el ingles, haciéndose violencia para ocultar los movimientos que le agitaban: jamas saldrá de mi boca una palabra que pueda ofender la reputacion de una joven á quien tanto debo respetar; pero el temor del enojo de quien quiera que sea, no añadirá el peso de una pluma á la garantia de mi honor.

— Enhorabuena, contestó Rodulfo; ningun deseo tengo de causaros el menor disgusto; pero quiero, tanto por conservar vuestra buena opinion, que aprecio en sumo grado, como para esplicar con mas claridad lo que ha podido pareceros oscuro; quiero haceros saber co-

sas, que sino fuera por las razones dichas, hubiera preferido callarlas.

— Nadie mejor que vos debe conocer lo que conviene decirse en semejante particular, repuso Philipson; pero tened presente que no os pido me comuniqueis cosa alguna que deba permanecer oculta, y sobre todo, cuando se trata de una joven.

— Habeis visto y oido ya demasiado, amigo Arthur, dijo Rodulfo, despues de un pequeño silencio, para que no podais saberlo todo; á lo menos cuanto yo sé en este asunto misterioso. Es ademas imposible que las circunstancias de que hemos hablado no se presenten alguna vez á vuestra imaginacion; por tanto, deseo tengais todos los conocimientos necesarios para poder formar un juicio tan cabal, como lo permiten los hechos: aun nos queda cerca de una milla que andar, costeando estos pantanos, cuyo tiempo bastará para que os instruya en esta narracion antes de llegar al castillo.

— Ya os escucho, empezad, contestó Arthur, llevado á un mismo tiempo del deseo que tenia de oir cuanto tuviese relacion con Ana de Geierstein, y del enfado que le causaba el

escuchar su nombre de boca de un hombre tan altivo como Donnerhugel, cuyos modales respiraban siempre un aire algo parecido á la groseria; sin embargo, el ingles escuchó atentamente la relacion de Rodulfo, que se hallará en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO III.

Relacion de Donnerhugel.

Espíritus sin fin entre portentos
Pueblan, segun dice él, los elementos;
El silfo por el aire va y se agita:
Las cabernas oculto el Guomo habita:
La náyade fabrica en el espacio
De las verdosas olas su palacio:
Y hasta el fuego implacable y enemigo
Presta á la salamandra grato abrigo.

Anónimo.

Ya os he informado, dijo Rodulfo á Arthur, de que los barones de Arnheim, aunque se ocupaban de padres á hijos en estudios misteriosos, eran sin embargo como los demas caballeros alemanes, belicosos y amigos de la caza. Tal era particularmente el carácter de Herman de Arnheim, abuelo materno de Ana de Geierstein, el cual se vanagloriaba de tener una famosa yeguada, y que poseia el caballo mas hermoso que jamas se habia visto en

los circos de Alemania. Evitaré el haceros la descripcion de aquel animal, y me limitaré solo á deciros que era negro como el azabache, sin que tuviese ni un solo pelo blanco; por cuya razon y atendido su genio fogoso, su amo le habia puesto por nombre Apollyon, lo que servia secretamente para confirmar los rumores nada favorables que corrian acerca de la casa de Arnheîm, puesto que el baron, segun se decia, habia puesto á su caballo favorito el nombre de un espíritu infernal.

Sucedió, pues, que habiendo ido el baron á caza un dia del mes de noviembre, no volvió á su casa hasta bien entrada la noche. Ningun estrangero se hallaba en su castillo, pues como ya os he dicho, los barones no recibian en sus palacios sino á aquellos por cuyo medio podian adquirir nuevos conocimentos; estaba solo el baron sentado en su sala, bien iluminada, y teniendo en la mano un libro cuyos caractéres hubieran sido inteligibles para cualquiera otro, apoyando la otra mano en una mesa de marmol, sobre la cual habia un gran frasco de vino de Tokai. En el fondo de aquella sala estaba un page en actitud respetuosa; y no se oia otro ruido que el que hacia el vien-

to, pasando por las cotas de malla, y agitando suavemente las banderas desgarradas que formaban todo el adorno de aquel salon feudal. De repente se oyó el ruido de alguno que subia apresuradamente; se abrió la puerta con estrépito, y Gaspar, caballerizo mayor del baron, lleno de espanto, corrió hácia la mesa á cuyo lado estaba su amo, esclamando al mismo tiempo: — ¡señor! ¡señor! en la cuadra hay un diablo.

— ¿Qué locura es esa? preguntó el baron levantándose, y sorprendido de que le interrumpiesen de un modo semejante. — Señor, yo me someto á vuestro enojo, dijo Gaspar, sino os digo la verdad. Apollyon... y calló. — Habla, pues, ¿estás loco, prorrumpió el baron, ó te ha hecho perder el miedo la cabeza? ¿Está malo mi caballo, le ha sucedido algun accidente? Pero el caballerizo solo pudo repetir ¡Apollyon! — Y qué, dijo el baron aun cuando el mismo Apollyon en persona estuviese aqui; ¿habia de temblar por eso un hombre valiente? — El diablo está al lado de Apollyon, gritó el gefe de las caballerizas. — ¡Loco! esclamó el baron cogiendo una antorcha; ¡quien ha podido trastornarte la cabeza! los que como tu es-

tan destinados á servirnos, deberian tener la cabeza mejor sentada por nosotros mismos, cuando no fuese por ellos.

Diciendo esto, atravesó el patio del castillo para ir á las caballerizas, que ocupaban toda la parte baja del edificio, y en las cuales habia cincuenta hermosos caballos colocados á uno y otro lado. Cerca de cada uno estaban colgadas las armas ofensivas y defensivas propias de un soldado, juntamente con la coraza de piel de búfalo que usaban los guerreros de aquel tiempo; tan limpias y cuidadas todas, como era posible. El baron entró en la cuadra con dos de sus criados, que alarmados con la estraña noticia, le habian seguido. Marchó apresuradamente por el centro de la caballeriza, para llegar á donde estaba su caballo favorito. El animal no relinchó ni sacudió las crines, ni golpeó las piedras con la mano; en fin no hizo ninguna de aquellas señales con que acostumbraba manifestar su alegria cuando veia acercarse su amo, y solo significó que le reconocia, por una especie de gemido que hizo como si implorase su socorro. Herman alzó la luz y vió un hombre alto, que tenia apoyada una mano en el lomo del caballo. — ¿Quién

eres? ¿que haces aqui? le preguntó el baron. -- Busco un asilo y hospitalidad, y te lo pido por el lomo de tu caballo y por el corte de tu espada; y ójala jamas te falten cuando tuvieres necesidad. -- ¿Eres, pues, uno de los hermanos del fuego sacro? (1) dijo el baron de Arnheim; pues no puedo reusarte lo que pides segun los estatutos de los magos persas. ¿Contra quien y para cuanto tiempo me pides proteccion? -- Contra los que han de venir á buscarme antes de que cante el gallo, respondió el estrangero; y por espacio de un año y un dia, contado desde este instante. -- No puedo negártelo, pues me obligan mi honor y mi juramento. Un año y un dia seré tu protector; estarás al abrigo de mi casa, te sentarás á mi mesa y beberás de mi vino; pero tu tambien debes obedecer á la voz de Zoroastres. Asi como él dijo que el mas fuerte debe proteger al mas débil; tambien está dicho que el mas sa-

(1) Asi llamaban el fuego que ardia constantemente en el templo del gentilismo, dedicado á la diosa Vesta; y que cuidaban de conservar sus sacerdotisas, conocidas con el nombre de Vestales: (véase la mitologia ó tratado de los dioses fabulosos). *Nota del traductor.*

bio ha de instruir al que sepa menos. Yo soy el mas fuerte, y tu estarás seguro bajo mi proteccion; pero tu eres mas sabio y debes instruirme en los secretos arcanos.

-- ¿Quereis divertiros á costa de vuestro servidor? sin embargo, si Dannischemend sabe algo que pueda ser provechoso á Herman, sus instrucciones serán para él, como las de un padre á su hijo.

-- Sal, pues, de tu asilo: te juro por el fuego sacro, por la fraternidad que existe entre nosotros, por el lomo de mi caballo y por el corte de mi espada, que por un año y un dia te he de defender en cuanto alcancen mis fuerzas.

-- El estrangero salió de aquel lugar, no causando estrañeza á los que le vieron, el que Gaspar se hubiese asustado tanto al verle en la caballeriza, sin saber como ni por donde habia entrado. Luego que hubo llegado á la sala donde le condujo el baron, como hubiera podido hacerlo con cualquier otro respetable huesped, la claridad con que estaba alumbrada facilitó el ver que era un hombre alto y de aspecto venerable: estaba vestido á lo asiático; es decir, llevaba un caftan ó túnica larga, ne-

gra, semejante á las que usan los armenios, y un gran gorro cuadrado cubierto con la lana negra de los carneros de Astracan, adornaba su cabeza. Todo su trage era negro, lo que hacia resaltar mas la blancura de su barba que le cubria el pecho. La túnica estaba ceñida con un cinturon de seda negra, y en lugar de puñal y de cimitarra, llevaba un estuche de plata y un pergamino arrollado; siendo el único adorno que traia en su persona, un hermoso rubí de estraordinaria grandeza, y cuyo resplandor era tal, que cuando le heria la luz parecia despedir rayos, mas bien que reflejarlos. El baron le ofreció algunos refrescos; pero el estrangero le respondió: -- No puedo probar el pan ni beber una gota de agua, hasta que el vengador haya llegado á vuestras puertas.

El baron mandó que se añadiese aceite á las lámparas y que se encendiesen nuevas antorchas, y mandó á todos sus criados á descansar, quedándose solo con el estrangero. A media noche las puertas del castillo se conmovieron, como si un fuerte huracan las impeliese, oyéndose al mismo tiempo una voz que pedia le entregasen su prisionero Dannschemend, hijo de Alí. El portero oyó entonces

abrir una ventana y reconoció la voz de su amo, que hablaba á la persona que acababa de hacer aquella peticion; pero la noche era tan oscura, que no le fue posible descubrir á ninguno de los interlocutores, y el idioma que hablaban le era desconocido, ó á lo menos sus discursos estaban mezclados con tantas palabras estrangeras que no pudo entender ni una sílaba. Apenas habrian pasado cinco minutos, cuando el que estaba á la parte de afuera levantó de nuevo la voz y dijo en aleman:--Yo emplazo, pues, el egercicio de mis derechos á un año y un dia; pero cuando yo vuelva pasado este tiempo, será para exigir lo que se me debe, y lo que se me debe no me será reusado entonces.

Desde aquel momento el persa Dannischemend, permaneció constantemente en el castillo de Arnheim, sin que jamas por ningun motivo pasase el puente levadizo. Sus diversiones ó sus trabajos parecian concentrados en la biblioteca, y en el laboratorio, donde el baron trabajaba frecuentemente con él muchas horas de seguido. Los habitantes del palacio no veian en el persa ó mago cosa alguna que mereciese criticarse, á escepcion de que no asistia á los

actos religiosos, aunque parecia muy exacto en la práctica de su devocion particular. Todos los dias al rayar el sol se prosternaba en tierra, y habia hecho construir una lámpara de plata de las mas bonitas, que colocó sobre un pedestal de marmol, en forma de columna truncada, y sobre cuya base habia esculpido geroglíficos. Ninguno, á escepcion del baron sabia que esencias ardian en aquella lámpara, cuya llama era mas pura y duradera y tambien mas resplandeciente que ninguna de las otras, á escepcion de la de sol, y que parecia ser, en ausencia de este astro magnífico, el objeto del culto secreto de Dannischemend. Notábase tambien grande austeridad en sus costumbres, mucha gravedad en sus modales; su sobriedad era estremada, y aun parecia privarse de algunos alimentos en dias señalados; jamas hablaba á persona alguna, mas que al baron, á no ser que le precisasen las circunstancias; pero al mismo tiempo era franco, por lo que los criados de la casa le miraban con respeto pero sin ningun temor.

Al rigor del invierno sucedió la dulzura de la primavera. El estio floreció con nuevos brillos, y el otoño con sus sazonados frutos, vi-

no á regalar á los habitantes de la tierra: en esra estacion, y cuando las frutas empezaban á madurar, un criado que los acompañaba algunas veces en su laboratorio, para servirles en lo que fuese necesario, oyó un dia al persa que decia á su amo:

-- Hijo mio, escucha bien mis palabras; pues se acerca el fin de mis lecciones. -- ¡Ah! maestro mio! dijo el baron: ¿es preciso que yo pierda las ventajas de vuestras lecciones, y cuando necesito mas de vuestra sabiduría para llegar al templo de la fama? -- No os desanimeis, hijo mio, contestó el sabio; mi hija se encargará de perfeccionar vuestros conocimientos, y con este fin la haré venir; pero acordaos, que si quereis eternizar vuestro nombre, solo la habeis de mirar como un ausiliar en vuestros estudios. Si la belleza de una joven, os hace olvidar que su objeto no es mas que instruiros, sereis enterrado con vuestra espada y escudo, como el último baron de vuestro linage; y creedme que no será este solo el mal que resulte; pues semejantes uniones jamas han tenido resultado feliz: buen egemplo hay en mi de esta verdad; pero callemos, que nos estan observando.

Toda la familia del baron de Arnheim, no teniendo muchas cosas en que ocuparse, observaba cada dia con mas atencion lo que pasaba en el castillo, y cuando vieron que se acercaba la época en que el persa debia abandonarle; los unos se marcharon impelidos del miedo, y bajo distintos pretestos, y otros llenos de temor aguardaban presenciar alguna horrible catástrofe: sin embargo nada sucedió; pues luego que hubo llegado el dia y mucho antes de media noche, Dannischemend salió del castillo montado á caballo, como si fuera de camino; habiéndose despedido del baron, con muestras de sentimiento.

Herman dió grandes muestras de pesar al despedir á su maestro, quien le consoló hablándole largo tiempo en voz baja, aunque se pudo percibir esta última frase:--mañana al amanecer la tendreis en vuestra casa, mostradla cariño; pero sin que sea demasiado.

Al decir esto, partió sin que jamas se le volviese á ver, ni aun se oyese hablar de él en las cercanias del castillo.

Todo el resto del dia en que partió el persa, estuvo triste el baron y sin salir de la sala. Al amanecer del siguiente dia, llamó á su ayu-

da de cámara para que le vistiese; lo que hizo con el mayor esmero y contra lo que le era de costumbre. Como aun era joven y noble su presencia, tuvo motivo de quedar satisfecho de su esterior. Concluido que hubo su tocador, aguardó á que el disco del sol se mostrase sobre el horizonte, y tomando entonces de encima de una mesa la llave del laboratorio, se dirigió á él, seguido de su criado.

El baron se detuvo á la puerta como si reflexionase, si convendria despachar al criado; despues estuvo indeciso en abrir la puerta, como si temiese encontrar dentro alguna cosa estraordinaria; por último armándose de resolucion dió vuelta á la llave, abrió la puerta, y entró. El criado siguió los pasos de su amo, apoderándose de su espíritu una sorpresa muy semejante al terror, cuando vió un objeto que si bien era estraño, nada tenia que no fuese agradable y placentero.

La lámpara de plata habia desaparecido del pedestal, viéndose en su lugar una hermosa joven en trage persa, en cuyo vestido dominaba el color carmesí. No llevaba turbante, ni ninguna otra clase de peinado, y sus cabellos de un hermoso castaño claro, solo estaban soste-

nidos por una cinta de seda azul, que cerraba sobre la frente con un broche de oro en el cual habia engastado un hermosísimo ópalo, que entre los varios matices peculiares de esta piedra, dejaba ver una hermosa tintura de color rojo semejante á un rayo de fuego.

Esta joven aunque bien formada era de talla menos que regular; su vestido oriental con anchos pantalones atados sobre el tobillo dejaba ver un pie muy pequeñito y el mas gracioso que pueda darse, mostrando los pliegues de su ropa las bellas proporciones de aquel cuerpo cuyo rostro estaba animado de viveza y espresion; manifestando en todas sus facciones inteligencia y talento: sus ojos negros y vivos, adornados de hermosas cejas, despedian miradas maliciosas, que indicaban lo que su boca estaba pronta á decir con agradable sonrisa.

El pedestal sobre que descansaba, hubiera podido parecer para otra persona, una vase poco firme; pero la joven se manifestaba tan segura en él, como puede estarlo un pardillo en la flexible rama de un rosal. Los primeros rayos de sol, que precisamente venian á reflejar en el pedestal, añadian nuevo encanto á aquella hermosa estatua viviente, que estaba tan

inmóvil como si fuera de marmol, y si dió á conocer que habia visto al baron, fue solo con una ligera sonrisa que se mostró en sus labios.

Por muy prevenido que estuviese el baron de Arnheim, esperando ver algun objeto parecido al que se mostraba á sus ojos; los encantos de aquella joven escedian en mucho á lo que él podia haberse prometido; y asi tuvo un momento de perplexidad y de indecision; no obstante pareció acordarse de la obligacion en que estaba de hacer una acogida benigna á aquella forastera que acababa de llegar á su castillo, y sacarla de aquella posicion no muy cómoda en que estaba. Adelantóse, pues, hácia ella, dispuesto á saludarla, y tendiendo el brazo para ayudarla á bajar del pedestal, que tenia cerca de dos varas de alto; pero la agilidad y viveza de la joven no le dió lugar á llegar, saltando al suelo con una ligereza que parecia increible.

-- He venido, segun me han mandado; dijo echando una ojeada á su alrededor. Vos hallareis en mi una maestra exacta, y yo espero me honrareis, mostrándoos como un discípulo laborioso y atento.

Despues de la llegada de aquella huéspeda



...he venido segun me han mandado; dijo he-chando una ojeada á su alrededor.

tan hermosa y singular al castillo de Arnheim, se hicieron varias mudanzas en lo interior de la casa. Una señora de clase distinguida aunque de escasa fortuna, y viuda de un conde pariente del baron, aceptó el encargo que este la hizo de venir á gobernar su casa, y con el fin de evitar las injustas sospechas, á que hubiera podido dar margen la permanencia de Hermiona, que era el nombre que se la daba á la hermosa estrangera, en el castillo de Arnheim.

La condesa Waldstetten era tan complaciente que casi todos los dias presenciaba las lecciones que recibia el baron de su nueva maestra, que de un modo tan estraordinario habia remplazado al anciano mago. Si se ha de dar fé á lo que decia aquella señora, sus estudios y esperiencias eran á veces de una naturaleza tan sorprendente que mas de una la causaron espanto, aunque asegura que eran ciencias lícitas y sujetas al orden de la naturaleza; pero un juez todavia mas exacto y creible, con sola la intencion de examinar de cerca, á aquella joven de quien tanto se hablaba en las orillas del Rhin, hizo una visita al castillo de Arnheim, y tuvo una larga conversacion con

Hermiona, á quien halló profundamente instruida en todas las ciencias; pareciéndole que no habia exageracion en cuanto le habian dicho de ella.

Un testimonio de tanto peso, hizo callar las voces malignas que se habian difundido con la llegada de la estrangera, á lo que no ayudó poco su amabilidad, con la que encantaba á cuantos llegaban á tratarla.

Sin embargo una notable variacion en la ocupacion del tiempo, empezó á notarse en la casa del baron; pues aunque las lecciones seguian siempre con la misma reserva, y solo en presencia de la condesa, no fueron siempre la biblioteca ó el laboratorio los sitios donde se entretenian el baron y su joven maestra: señalábanse partidas de caza, dias de pesca, y las noches se pasaban en los bailes; lo que indicaba que el estudio de las ciencias iba cediendo á un nuevo atractivo, cuya causa no era dificil adivinar; pues aunque hablaban entre sí un lenguage desconocido de los demas, llegó á decirse alcabo de algunos dias que la bella persa iba á ser baronesa de Arnheim.

Los modales de esta joven eran tan amables y encantadores, su conversacion tan viva,

y su talento tan lleno de dulzura y de modestia, que aunque su origen no era conocido, su engrandecimiento escitó menos envidias de las que hubiera podido prometerse un acontecimiento tan singular: admiraba sobre todo su mucha generosidad, que la grangeaba la estimacion de cuantos andaban á su alrededor: sus riquezas parecian sin límites, habiendo sido tantas las joyas que distribuyó á sus amigas, que parecia imposible la quedase cosa alguna con que adornarse: sus bellas cualidades, y principalmente su liberalidad y la sencillez de su carácter, formaban un bello contraste con los profundos conocimientos que poseia, haciendo que sus compañeras no se ofendiesen de aquella superioridad á que iba á ascender; atendida su sencillez y modestia; aunque á pesar de todo se notaban en ella ciertas particularidades que la distinguian de todas las demas jóvenes.

No habia quien compitiese con ella en el baile por su mucha ligereza y agilidad; siendo de notar, que por mucho que fuese el tiempo que se entretuviese en este ejercicio, jamas manifestaba cansarse, y antes cansaba á los mas decididos bailarines; de modo que el joven du-

que de Hochspringen, que era tenido por infatigable en semejante diversion, entre todos los caballeros de su clase; habiendo bailado un dia con ella por espacio de media hora, tuvo que interrumpir el baile, y arrojándose sobre un sofá, dijo lleno de fatiga, que aquella no era una muger, sino un espiritu foleto.

Decíase tambien, que cuando con sus amigas corria ó saltaba en el jardin y en las florestas, adquiria una agilidad sobrenatural, semejante á la que demostraba bailando. Cuando se hallaba cercada de sus compañeras con indecible presteza, saltaba cualquier cerca, enrejado ó seto, sin que la vista mas prespicaz pudiese descubrir de que modo lo hacia, y muchas veces la encontraban á su lado los que la habian visto bien lejos y separada de ellos, por algun obstáculo. Decíase tambien, que en semejantes ocasiones, sus ojos centelleaban, sus megillas adquirian un sonrosado mas vivo, y en general se presentaba mas animado todo su esterior, añadiendo que el ópalo engastado en el broche de la cinta azul que ajustaba sus cabellos, y que jamas se quitaba, lanzaba entonces con mas viveza una especie de luz ó rayo semejante al fuego. Del mismo modo, si

en las tertulias y avivaba la conversacion de Hermiona, parecia que la piedra brillaba mas refulgente y con un resplandor superior al que puede producir una piedra preciosa herida con los rayos de otro cuerpo luminoso. Decian tambien sus criadas, que cuando acometia á su ama algun acceso de cólera, único defecto que se observaba en ella, tomaba aquella piedra un vivo colór rojo, como si participase de la conmocion de la que la llevaba: aseguraban no menos que solo en su tocador, y mientras la arreglaban el cabello, se quitaba aquella joya misteriosa, en cuyo tiempo guardaba el mayor silencio, mostrándose mas séria que de costumbre, y que sobre todo manifestaba el mayor temor cuando veia cerca de sí el agua; teniendo siempre el mayor cuidado de que no se mojase aquella preciosa joya.

Estos rumores singulares, no impidieron sin embargo que se llevase á efecto su casamiento con el baron, habiéndose celebrado las bodas con todas las formalidades de estilo. El principio de la union de estos nuevos esposos se presentó desde luego tan feliz, que parecia envidiable. Al cabo de un año, la amable baronesa dió á luz una niña que fue llamada Si-

byla, segun se habia llamado la madre del baron de Arnheim. La niña nació robusta, y la madre se restableció tan pronto, que pensó asistir ella misma al bautizo de su hija, por lo que se difirió algun tanto, y para cuyo acto fueron convidados todos los magnates de los alrededores, juntándose en el castillo el mas lucido concurso.

Entre los convidados se hallaba una señora anciana que debia desempeñar en aquella reunion un papel semejante al que en muchos cuentos vemos que hacian las encantadoras maléficas; llamábase la baronesa de Steinfeldt, y era conocida en aquellos contornos por su insaciable curiosidad y desmesurado orgullo. A los pocos dias de estar en el castillo, y con el ausilio de una criada que habia sido encargada de proporcionarla los alimentos estraños que desease su curiosidad; ya sabia cuanto se decia en el castillo, y aun todo lo que se sospechaba acerca de la baronesa Hermiona. La misma mañana del dia señalado para la ceremonia, y cuando toda la compañia estaba reunida en un salon esperando á la dueña de la casa para pasar á la capilla; se suscitó una cuestion acalorada sobre el derecho de superioridad entre la baro-

nesa de Steinfeldt y la condesa Waldstetten. El baron de Arnheim, á quien acudieron por arbitro, pronunció su juicio en favor de la condesa: al punto la Baronesa mandó que la pusiesen su caballo, y que toda su comitiva se preparase á marchar, como en efecto lo verificó diciendo al mismo tiempo: --dejo este palacio donde me pesa haber entrado; abandono una casa, cuyo amo es un hechicero, su esposa una bruja, y el ama de gobierno una muger que por el vil interés ha desempeñado un papel muy ageno de su carácter; y al momento partió, llena de despecho y con la cólera pintada en el rostro.

El baron dió algunos pasos hácia el medio de la sala, y preguntó si entre tantos caballeros habia alguno que quisiese sostener las infames calumnias que acababa de vomitar contra él, contra su esposa, y su parienta, la imprudente baronesa. Ninguno manifestó deseos de mostrarse parte en tan mala causa, y todos digeron que estaban convencidos de su falsedad.

-- Puesto que ningun hombre de honor quiere tomar la defensa de aquella imprudente muger; deben ser miradas sus palabras como otras tantas mentiras, dijo el baron de Arnheim, y

cuantos estan aqui reunidos, verán hoy si Hermiona merece el dictado que aquella la ha dado.

La condesa Waldstetten, le hacia entretanto algunas señas con cierta inquietud, y aun sus vecinos la oyeron decir cuando pudo acercarse al baron: tened prudencia, y no hagais pruebas temerarias; pues aquel ópalo, aquella joya misteriosa encierra algun secreto: tened circunspeccion, y no penseis mas en lo que acaba de suceder; pero el baron dejándose llevar de la cólera, no escuchaba las razones que hubiera debido hacerle conocer su pretendida sabiduria: es verdad que la afrenta que acababa de recibir, era capaz de destruir la prudencia del hombre mas paciente, y la filosofía del mas sabio; asi es, que la respondió con no muy buen humor: ¿estais tambien loca?

La baronesa de Arnheim entró en este momento en la sala presentando sus graciosas facciones, cubiertas de una palidez que era consecuencia de su estado, nuevas gracias que la daban mayores atractivos. Habiendo saludado á la concurrencia, con gracia y dulzura, preguntó á su esposo por la señora de Steinfeldt, pero este la interrumpió, invitando á la com-

pañia á que pasasen á la capilla; y habiéndose puesto todos en marcha, dió el brazo á Hermiona para conducirla al lugar de la ceremonia, casi ya lleno con tan brillante reunion. Todas las miradas de los concurrentes se fijaron sobre los esposos que marchaban precedidos de cuatro pages, llevando á la recien nacida sobre una especie de cama ricamente adornada.

El baron al entrar en la capilla, y segun acostumbraba, tomó el agua bendita que alargó á su muger, quien la aceptó gustosamente; pero no contento con esto el baron, y usando de una familiaridad que el tiempo y el lugar debieran haberle hecho olvidar, roció el rostro de la baronesa con las gotas del agua que aun le quedaban en los dedos. Una de aquellas gotas fue á caer sobre el ópalo, cuya piedra despidió de sí un fuego luminoso como una estrella, perdiendo despues todo su brillo, y quedando opaca como si fuese un guijarro. En el mismo instante, la bella Hermiona cayó acongojada, dando un profundo suspiro. Asustados los asistentes, se dieron prisa á socorrerla, la levantaron del suelo y la llevaron á su cuarto; pero en aquel corto espacio se puso

tan demudada, y su pulso manifestaba tanta debilidad, que desde luego se temió que estaba pronta á espirar. Luego que se halló en su cama, pidió la dejasen sola, y únicamente permitió á su marido que se quedase en su estancia.

Entre tanto la mayor parte de los convidados, llenos de consternacion se habian ausentado, quedándose únicamente aquellos á quienes retenia la política ó el deseo de saber el éxito de aquel acontecimiento singular.

Por fin llegaron los médicos que se habian enviado á buscar, los cuales declararon la inevitable muerte de la baronesa, á quien se trató solo ya de prestar los ausilios de la religion.

¿Pero cual fue la sorpresa de todos cuando al entrar en el cuarto de Hermiona á quien se habia dejado sola un corto espacio, no se la halló en la cama, encontrándose solo en su lugar un puñado de cenizas parduzcas y ligeras como si fuesen de papel quemado?

Facil es conocer el asombro que causaria á todos semejante acontecimiento del cual cada uno dedujo consecuencias proporcionadas á sus luces. Tres años despues y en el mismo dia de

aquella catástrofe murió el baron, cuyo cuerpo fue sepultado en el panteon de su familia, con su espada casco y escudo, como último baron de la descendencia (1). De este modo con-

(1) Esta narracion, de suyo tan fabulosa, presenta sin embargo al hombre comtemplativo, y religioso, deducciones muy filosóficas, que tal vez no olvidó el fecundo ingenio del célebre escritor Sir Waltér Scott, y que nosotros, segun nuestro corto alcance, no podemos menos de presentar aunque sucintamente á nuestros lectores, haciendo algunas comparaciones que creemos muy del caso, y que pueden servir de base para mas profundas meditaciones.

El personage del baron, nos representa desde luego, la vanidad y presuncion del hombre, que olvidando los verdaderos conocimientos que deben enriquecer el entendimiento para conseguir la verdadera gloria, que consiste en la salud del alma, se deja arrastrar del estudio de las ciencias naturales hasta el grado de confundirse en esperiencias que cuando son escesivas, inchen el corazon sin perfeccionar el entendimiento.

Los falsos talentos se ven representados en el mago, hombre de ciencia; pero que olvidando á su criador, se inclina, y rinde adoraciones á una luz que no podria existir sin la mano poderosa de aquel primer ser, autor de tantas maravillas, que deben servir de otros tantos conductos por donde el hombre glorifique á su Supremo Hacedor.

cluyó Donnerhugel su relacion, cuando ya es-

La luz de aquella lámpara de plata, nos representa claramente, el ingenio del hombre, cuya llama alimentada con esencias de virtud, puede alumbrarnos con tanto prevecho en el camino de la vida; pero que si se entretiene con ideas solo de placer, vendrá el soplo del deleite á ofuscar su luz, y confundirnos en el laberinto de las pasiones, que se ven representadas en la persona de Hermiona, y cuyo aspecto es placentero al principio, seductores sus modales, inagotable al parecer su franqueza; pero ningunos sus verdaderos haberes y tristísimo su fin.

El ópalo, ó piedra preciosa, que engastado en oro adornaba la frente de aquella, nos hace ver con la mayor semejanza, el entendimiento humano, que engastado en el oro puro de la verdadera ciencia, y pulido por la razon, nos dá tanta superioridad sobre todos los demas seres creados; pero que si por desgracia, le cercan los malos afectos; la menor gota de agua, el menor soplo de mala doctrina, le hace perder todo su brillo, y le deja semejante al mas obscuro guijarro.

Por último, la muerte de Hermiona y del baron, son una fiel imagen del fin de las grandezas y de la gloria del mundo. Todo acaba con el hombre, su riqueza y su vanidad; al sepulcro bajan con él sus blasones, y sus hazañas, quedando solo sobre la tierra la memoria de sus virtudes, faltando las cuales; con él acaba su nombre; pero el fin funesto de aquella, nos recuerda todavia mas. ¿Qué quedó de tanta her-

taban cerca del puente que conducia al castillo.

mosura, de tanta gracia y gentileza? un puñado de cenizas ligeras como la pabesa: ni puede quedar otra cosa cuando la religion no asiste al hombre que está para morir. *Nota del traductor.*



CAPÍTULO IV.

Creedme, señor, él tiene bellos rasgos;
Mas no es sino un ingenio.

Shakespeare.

Pasáronse algunos instantes de silencio, luego que el Bernés concluyó su estraña narracion; la cual habia ido cautivando la atencion de Arthur, pues cuanto en ella se contenia, convenia muy bien con las ideas de aquel siglo, para no ser escuchado como verdades, que no tendrian asenso en tiempos mas ilustrados; llamó tambien la atencion el modo conque Rodulfo la habia contado, sugeto á quien habia mirado hasta entonces como un rústico cazador, ó un soldado grosero, pero que se veia obligado ya á concederle conocimientos mas estensos, en las costumbres del mundo, de lo que se habia podido figurar, asi es, que aunque el suizo ganó poco en su afecto, no dejó de adelantar en su opinion.

-- Este Fierabrás, se decia Artur á si mismo, tiene mucha carne y muchos huesos, y

no le falta deseo, por lo que le considero muy digno de mandar á los otros jóvenes; y volviéndose despues hácia su compañero, le dió gracias por haberle hecho aquella relacion cuyo contenido habia servido para que el camino se le hiciese mas corto, y prosiguiendo le dijo: Sin duda que de aquel matrimonio desciende Ana de Geierstein.

-- Su madre contestó el suizo, fue Sibyla de Arnhèin aquella misma niña, cuya madre murió, desapareció ó se hizo lo que quisiereis; mas como la baronia de aquel título era un feudo consignado á la línea masculina, tuvo que volver á manos del Emperador. Su castillo jamás volvió á ser habitado, despues de la muerte del último baron, y aun he oido decir que ya empieza á arruinarse, pues la mala opinion de sus antiguos moradores, y principalmente el fin desgraciado de los últimos, han sido causa de que nadie quiera residir en él.

-- Y en la joven baronesa que casó con el hermano Landamman, no se observó jamas alguna cosa sobre natural.

-- He oido contar, respecto á ella, muy estrañas historias. Dícese que la muger que la criaba, vió una noche a la baronesa Hermiona,

de pie y llorando al lado de la cuna de su hija, y por este estilo se cuentan otras mil cosas; pero de las cuales no tengo tanta certeza como de lo que acabo de deciros.

-- Pues ya que se debe conceder ó negar una historia poco verosomil, segun los datos en que se apoya, me hareis el favor de decirme que fundamentos teneis para creer la primera.

-- Con mucho gusto. Teodoro Donnerhugel, gentilhombre del último baron de Arnheim, era hermano de mi padre. Cuando murió su señor, se volvió á Berna, su ciudad natal, donde se dedicó algun tiempo á enseñarme el manejo de las armas, y todos los egercicios militares, que se usaban en Suiza y Alemania; pues todos los sabia muy bien; el cual habia visto por sus propios ojos, y oido originalmente la mayor parte de los sucesos misteriosos que acabo de contaros, y si alguna vez pasais por Berna, quizás vereis aun á aquel buen anciano.

-- ¿Y os parece que la aparicion ó sombra que yo he visto esta noche tendrá alguna relacion con los acontecimientos de los progenitores de Ana?

-- No me es posible aclarar esa duda, todo

cuanto puedo deciros es, que si se ha de dar crédito á la aparicion que decis haber visto dos veces esta noche; es preciso recordar el origen de Ana, procedente de un linage de quien se ha hablado, tanto antes como ahora, como de personas dotadas de inteligencias superiores, pues de no hacerlo asi, yo no se que deciros. Veremos como se halla, despues de amanecer, aquella joven; si está pálida ó cansada, es prueba de que ha pasado la noche sin descansar; si no fuere asi, podremos juzgar ó que vuestros ojos os han engañado, ó que no era Ana lo que habeis visto.

El joven ingles no trató de responder, ni hubiera tenido tiempo para ello, pues la voz del centinela que estaba de faccion, se dejó oir en este momento.

Quien vá, gritó dos veces Sigismundo, y dos veces fue contestado de un modo satisfactorio, pero todavia se hallaba dudoso, si dejaria ó no pasar la patrulla.

— Majadero, prorrumpió Rodulfo, á que es detenernos tanto. El majadero eres tu, Hauptman, contestó el suizo, en el mismo tono, me han sorprendido ya esta noche una vez, y no quiero que vuelva á sucederme; y era un es-

píritu, que no era cuerpo, no.--Y dime, necio, repitió Rodulfo, ¿que espíritu habia de ser tan simple, que intentase dibertirse á espensas de un pobre bestia como tú? Mas eres tú, Hauptman, porque me apellidas tan graciosamente á cada momento: sin embargo, para hablar tengo boca, dientes y lengua como otro cualquiera.-Es muy cierto, Sigismundo, si te diferiencias de los demas es solo en una cosa, que es dificil la confieses, si llegas á conocerla. Pero en nombre de tu simplicidad, te pido nos digas ¿qué es lo que ha podido alarmarte?-Voy á decíroslo, Hauptman: estaba un poco cansado, ya se vé, á fuerza de haber mirado la luna, y de preguntarme á mi mismo de que estaria hecha, y como era que á pesar de la distancia que hay desde aqui á Geierstein, se la veia aqui tan bien como allá. Estas reflexiones y otras, no menos embarazosas, me habian fatigado de tal modo; que me encasqueré bien mi gorra hasta las orejas, pues el viento refrescaba bastante, me aseguré bien sobre mis piernas, echándo la una un poco adelante, y teniendo el cuerpo apoyado en la partesana que tenia asida con las dos manos, y al mismo tiempo cerré los ojos.

— ¡Los ojos cerrados estando de centinela! esclamó Donnerhugel.

— No hay que incomodarse, tenia abiertos los oidos. Apenas me hallaba en semejante posicion, cuando sentí que alguna cosa venia por el puente, pero con un paso tan ligero y con tan poco ruido como si fuera un raton. Luego que oí esto; abrí los ojos sobresaltado, me puse á mirar y:::: ¿á que no adivinais lo que ví? Algun tonto como tú, dijo Rodulfo, pisando ligeramente á Arthur, como para hacerle seña de que prestase atencion; pero el ingles no necesitaba esta indicacion para desear con impaciencia la respuesta de Sigismundo, el cual haciendo una esclamacion, dijo: ¡por vida mia, que era nuestra prima Ana de Geierstein! No puede ser, prorrumpió el Bernés. Tambien lo hubiera dicho yo, prosiguió Sigismundo, pues habia visto el cuarto que la estaba destinado, y á fé mia que hubiera podido servir para una princesa, por lo tanto ¿á qué venia dejar un aposento tan cómodo y templado, para ir á correr en una noche fria, por en medio de un bosque? Quizás, dijo Rodulfo, saldria á ver que tal estaba la noche.--Nada de eso, venia del bosque, y yo mismo la he visto atravesar

el puente para entrar en el castillo, y aun estaba á punto de darla un buen golpe, por si era el diablo que habia tomado su figura, pero al acordarme, de que la partesana no es una varita si no un arma bien pesadà, me detuve diciendo: ¿y si es Anita y la rompo un brazo? Dios mio ¡bueno me hnbierais puesto, entre todos! y si he de decir la verdad, tambien yo lo hubiera sentido, pues aunque de tiempo en tiempo se burla muy bien de mí, considero no obstante, lo triste que estaria nuestra casa si Ana nos faltase.--Y dime, animal, ¿hablaste á esa sombra, á ese espíritu, ó como tu quieras?

-- No, mi sabio capitan, pues mi padre me tiene dicho muchas veces que no hable sin pensar antes lo que voy á decir, y en aquel momento me era imposible pensar, ni aun hubiera podido hacerlo, pues pasó por delante de mi con tanta rapidez, como un copo de nieve, á quien el viento arrebata; sin embargo, la seguí dentro del castillo llamándola por su nombre, y dí tantas voces, que todos los que dormian se dispertaron, corriendo á las armas con una confusion tal, que no podia haber sido mayor si el mismo Archibaldo Von (como se llama) hubiera llegado en persona, armado

de espada y alabarda. ¿Y á quien os parece que ví salir del cuarto de Ana? A la mismísima Ana, que parecia estar tan asustada como todos los demas, y protestaba que en toda la noche se habia movido de su cuarto; y yo pobre de mí, yo Sigismundo Biederman, tuve que aguantar las reprensiones que todos me dieron, como si estuviera en mi mano el estorbar que los diablos se pasearan por la noche; pero yo la canté bien claro luego que vi que todos se conjuraban contra mi. Prima mia, la dige, es bien sabido vuestro linage, y asi tened entendido, que si habeis de volver á enviar á donde yo esté un duplicado de vuestro cuerpo, que sea con la cabeza cubierta, con un buen casco de yerro; pues de cualquier modo que la vea, la haré conocer bien lo que pesa una alabarda suiza, y en manos de Sigismundo. Todos empezaron á injuriarme, y mi padre me mandó volver á mi puesto, sin mas cumplimientos que los que se usan para eohar al corral á un perro que está estorbando junto al fuego.

El Bernés, con aire de indiferencia que se parecia al desprecio, le dijo: Sigismundo, tu te has dormido en tu puesto, y esto es un

gran defecto en el servicio militar; y sin duda habrás soñado: tu felicidad consiste en que el Landamman no haya pensado en tu descuido, pues entonces, en lugar de despedirte como á perro perezoso, te habria hecho partir, despues de algun castigo, á trabajar á Geierstein, como lo ha hecho con Ernesto, por una falta no tan grave.

-- Aunque eso sea, todávia no ha partido Ernesto, y aun me atrevo á creer que podrá entrar en Borgoña mucho antes que nosotros: sin embargo, Hauptman, os ruego me trateis como hombre y no como perro; y así en vez de estarnos aqui charlando al aire frio, será mejor envieis alguno para que me releve, que si mañana hay algo que hacer, como lo supongo, con un bocado que tome y un rato que duerma, estaré pronto para cualquier cosa: mirad que hace más de dos horas que estoy aqui de centinela; y al decir esto, el joven gigante empezó á bostezar de un modo, que manifestaba bien lo fundado de su peticion.

— ¡Un bocado! ¡un rato de descanso! ni una vaca asada; ni un sueño semejante al de los siete durmientes, bastarian para que estuvieras listo; pero soy tu amigo, Sigismundo, y

puedes estar cierto de que jamas contaré nada de esto: ahora voy á hacerte relevar para que puedas ir á dormir, y espero que lo harás sin soñar otra vez. Pasad, jóvenes, dijo á sus compañeros, idos á descansar, que Arthur y yo daremos cuenta de nuestra ronda al Landamman y al abanderado.

La patrulla entró en el pavellon, yendo los que la componian á descansar con sus compañeros. Rodulfo, al entrar en el patio, asió el brazo de Arthur y le dijo al oido: -- ¿Os parece que demos parte á la diputacion de estos estraños sucesos?

-- A vos toca el decidir, contestó Arthur, puesto que habeis sido el comandante de la patrulla; yo he cumplido mi deber dandoos parte de lo que he visto ó he creido ver: ahora debeis pensar hasta que punto conviene instruir al Landamman; pues como es un negocio que toca al honor de su familia, es mi parecer que solo á él debeis contárselo.

-- No creo sea necesario, dijo el Bernés apresurado: esta circunstancia nada puede influir en nuestra seguridad; sin embargo, aprovecharé la primera ocasion para hablar á Ana.

Esta última idea, causó tanto pesar á Ar-

thar, como le habia sido grata la de guardar silencio en un asunto tan delicado, pero el enojo que esperimentaba, era de tal naturaleza, que juzgó oportuno disimularle; y asi contestó lo mas sosegadamente que pudo, diciendo: -- hareis, señor Hauptman, segun os inspiren vuestros sentimientos de deber y delicadeza; por lo que á mi toca, callaré los sucesos de esta noche, que llamais singulares, y que parecen admirables si se ha de dar crédito á Sigismundo.

-- Y tambien callareis lo que habeis visto ú oido de nuestros ausiliares, los de Bâle; dijo Rodulfo.-Ciertamente; aunque pienso hablar á mi padre del riesgo en que está de ser visitado y robado su equipage en la Férette. -- Es inutil; y yo respondo con mi brazo y mi cabeza de la seguridad de cuanto le pertenece.-- Os doy gracias en su nombre, mas nosotros somos viageros pacíficos, y deseamos evitar toda cuestion, antes que escitar otra, aunque tuviésemos la seguridad de triunfar. -- Ese modo de pensar es propio de un mercader y no de un soldado, dijo Rodulfo, con ademan de indiferencia y disgusto; no obstante, ese es negocio vuestro, y asi hareis lo que mas os

agrade: pensad solamente, que si vais sin nosotros á la Férette, vuestros géneros y vuestras vidas corren igualmente peligro.

Al concluir este discurso, entraron en la sala donde estaban sus compañeros de viage. Los que acababan de patrullar, estaban ya acostados al lado de sus compañeros que dormian en un lado del aposento: el Landamman y el abanderado de Berna, escucharon la relacion que les hizo Donnerhugel, de haber concluido su ronda con toda seguridad y sin haber encontrado cosa alguna que pudiera dar lugar de temer algun riesgo; despues de lo cual, y habiéndose envuelto el Bernés en su capa, se tendió sobre el heno con tanto gusto como si fuera sobre una bien mullida cama, tardando pocos minutos en entregarse al sueño, cualidades que se deben á una vida frugal y lavoriosa.

Arthur se mantuvo de pie todavia algunos instantes, para dirigir una mirada al aposento de Ana de Geierstein, y con el fin de reflexionar en los estraños sucesos de aquella noche; pero su imaginacion le presentaba un caos de impenetrable oscuridad, y por otra parte se acordó de la necesidad que tenia de hablar con

su padre al momento; pero queriendo que esta conversacion fuese secreta, se vió obligado á tomar algunas precauciones. Acostóse, pues, al lado de su padre, á quien siguiendo la buena acogida que siempre habia merecido del Landamman, desde el momento en que le conocio, se habia preparado una cama de paja en el ángulo de la sala que habia parecido mas comodo, y á alguna distancia de los demas: dormia este profundamente, pero se despertó luego que sintió á su hijo, el cual en voz baja y en idioma ingles, para no ser entendido de los demas, dijo á su padre, que tenia asuntos importantes que comunicarle en secreto.

-- ¿Nos han atacado? preguntó Philipson; ¿es menester tomar las armas? -- Ahora no; no os levanteis ni hagais ruido: el asunto de que quiero hablaros no toca sino á nosotros dos. -- ¿De qué se trata? dímelo al punto; hijo mio: hablas á un hombre demasiado acostumbrado á los trabajos para temerlos. -- Es un negocio en que debereis reflexionar con prudencia. Mientras yo patrullaba, he sabido que el gobernador de la Ferette, se apoderará indudablemente de vuestro vagage y mercancias, bajo el pretesto de que se le paguen los derechos debidos al

duque de Borgoña. He sabido tambien que los jóvenes suizos que componen la escolta de la diputacion, han resuelto resistirse á semejante exaccion; para lo cual creen tener la fuerza y recursos necesarios.

-- ¡Válgame Dios! esclamó Philipson: eso no debe ser, pues si asi sucediese, seria pagar muy mal la hospitalidad del buen Landamman, y dariamos un pretesto á aquel príncipe altivo para empezar una guerra, que este escelente anciano desea tan vivamente evitar si fuese posible. De buena gana me someteria á todas las exacciones que gustasen; pero si se apoderasen de los papeles que llevo sobre mí, la ruina seria completa. Ya tenia yo algunos temores sobre esto; y era lo que me hacia dudar el reunirme al Landamman; pero ahora es preciso separarnos. Ese gobernador, sediento de rapiña, sin duda no detendrá á una diputacion protegida por las leyes, y mas cuando va á presentarse á su señor; pero concivo facilmente que nuestra presencia en su compañía, podria suministrarle un pretesto que podria convenir, no menos á su rapacidad y al deseo de esos jóvenes que no buscan mas que la ocasion de poderse dar por ofendidos; y no quiero yo

ser quien se la presente. Si Archibaldo no es el hombre mas irracional del mundo, yo hallaré medios de contentarle en cuanto á nosotros toca: entretanto, voy á despertar al Landamman; pues quiero hacerle saber mis intenciones.

Este proyecto fue al instante puesto en egecucion, pues Philipson no admitia demora en ninguna de sus resoluciones. En un momento se halló de pie al lado de Arnaldo, el cual apoyado sobre su brazo escuchó lo que aquel tenia que decirle, estando á espaldas del Landamman, el diputado de Schwitz, fijando sus grandes ojos azules en el ingles, y echando de cuando en cuando una mirada sobre su compañero, para ver que impresion hacian en él los discursos del estrangero.

— Querido amigo, mi digno huesped, dijo Philipson; hemos sabido de un modo indudable, que nuestros pocos géneros serán recargados con derechos, y aun tal vez confiscados, al pasar por la Férette, y quisiera evitar todo motivo de disgusto, tanto para vos como para mí.

— No debeis dudar de nuestra voluntad y fuerza para protegeros, contestó el Landamman:

inglés, os aseguro que el forastero, á quien ha recibido en su casa un suizo, puede considerarse á su lado tan seguro, como lo está el polluelo del águila bajo las alas de su madre. Separarse de nosotros cuando amenaza el riesgo, es un cumplimiento bien miserable para nuestro valor y firmeza: deseo la paz, pero el mismo duque de Borgoña, no se atreveria á hacer una injusticia á un huesped mio, mientras yo tuviese poder para impedirlo.

Al oir esto, el diputado de Schwitz, apretando la mano, estendió el brazo, aunque sin decir una palabra.

— Precisamente con el fin de evitar eso, es por lo què pienso dejar vuestra amistosa compañia, antes de lo que deseaba y me habia propuesto. Considerad, amigo valeroso, que sois un embajador que trata de concluir la paz, y que yo soy un comerciante que trata de ganar. La guerra, ó una cuestion que pudiera escitarla, seria igualmente la ruina de vuestros planes y los mios; os diré mas: estoy pronto á pagar un fuerte tributo, pues puedo hacerlo, y negociaré el importe, despuès de vuestra partida. Me quedaré en la ciudad de Bâle, hasta que haya entrado en ajustes con

Archibaldo; y aun cuando fuese tan avaro como se dice, moderaria sus peticiones al conocer el riesgo que, volviéndome atras, corria de perderlo todo.

-- Hablais muy cuerdamente, señor ingles, y os agradezco el recuerdo de mis deberes, que acabais de hacerme; pero sin embargo, no debeis esponeros á los peligros. Luego que nosotros nos pongamos en marcha, el pais va de nuevo á quedar espuesto á las incursiones de los soldados borgoñeses y alemanes, que recorreran los caminos en todas direcciones. Los habitantes de Bâle, son por desgracia muy cobardes para protegeros, y á la primera demanda os entregarán al gobernador, en quien hallareis tanta justicia é inumanidad, como entre espíritus infernales.

-- Se dice, amigo mio, que hay conjuros que hacen temblar al mismo infierno, á mí no me faltan medios para templar á ese Von Hagenbach, con tal que pueda hablar á solas con él; pero lo que mas temo son los soldados, quienes tal vez me matarian por la codicia de robarme el vestido.

-- En este caso, si habeis de separaros de nosotros, medida que apoyais en razones que

yo no me atreveré á negar, ¿por qué no partis una ó dos horas antes que nosotros? Los caminos estarán seguros, puesto que se espera á nuestra escolta, y partiendo de madrugada, lograreis provablemente la ventaja de ver á Archibaldo antes que esté borracho, y tan capaz como puede estarlo de escuchar la razon, es decir, de conocer su interés; porque si llegais despues de su almuerzo, que açompaña con gran cantidad de vino del Rin, le hallareis ciego con su propia codicia.

-- Lo único que me falta para practicar mi designio, es un macho ó mula para llevar mi equipage que viene con el vuestro.

-- Tomad la mula; es de mi compañero de Schewitz, que está ahi, y que os la cederá con gusto.

-- Sin duda alguna, aun cuando valiese veinte coronas (1), basta que lo diga mi compañero, respondió el suizo.

-- Acepto el préstamo, contestó el ingles; ¿pero como pasareis sin ella con sola una caballeria que os queda?

-- Facil nos será adquirir otra en Bâle, dijo

(1) La corona vale 21 rs. y 20 ms.: *Manual de curiosidades.*

el Landamman, y aun la dilacion que esto origine, os será util. He dicho que partiriamos una hora despues de amanecer, pues lo retardaremos otra hora mas, y asi podremos hallar mas facilmente una caballería, y vosotros podreis llegar á la Férette con anticipacion, donde arreglados vuestros asuntos con Hagenbach, como lo deseais, nos juntaremos para seguir nuestra marcha en buena compañia.

Si nuestros mutuos intentos permiten que viagemos juntos, amigo Landamman, me tendré por dichoso en ser vuestro compañero de viage.

-- El Señor esté en vuestro socorro, hombre honrado y prudente, dijo el Landamman, levantándose para abrazar al ingles. Si llegase á suceder que no volviésemos á vernos, me acordaré siempre del comerciante, que olvidando sus ganancias, qüiso seguir solo el camino de la prudencia y de la rectitud, pues hay algunos que mas quisieran ver correr la sangre de sus hermanos, que esponer cinco ó seis onzas de oro, ¡á Dios! tambien tu, valiente joven: en nuestra compañia habeis aprendido á marchar con pie firme por las rocas escarpadas de la Suiza; pero nadie como vuestro padre podrá

enseñaros á caminar por el sendero recto enmedio de los pantanos y precipicios de que está cercada la vida humana; y diciendo esto, abrazó á sus dos amigos, despidiéndose de ellos con pruebas de la mas cordial amistad.

Su compañero el diputado de Schwitz, siguió su egemplo despidiéndose de los ingleses, y repitiéndoles que se llevasen su mula: hecho lo cual, cada uno se retiró para disfrutar un rato mas de descanso, hasta el nacimiento de la aurora, que estaba ya cercano.



CAPÍTULO V.

¿Quién es el que en nosotros ha sembrado
Las discordias y el odio inveterado?
Es ese vuestro duque, que inducido
De perversos consejos que ha seguido,
Tiene proscrito á tanto comerciante,
Que no teniendo un principal bastante
para poder salvar su triste vida,
Víctimas tristes son de un homicida.

Shakespeare, en la comedia Los Errores.

Asi que la aurora empezó á colorear con sus primeros albores la sombria tierra, Arthur Philipson, se levantó para hacer los preparativos de su marcha, en compañia de su padre; los cuales, segun ya se ha dicho, debian partir dos horas antes que los diputados suizos dejasen el ruinoso pabellon de Graffs-Lust. No tuvo dificultad en hallar sus paquetes, bien arreglados de antemano por su padre, como hombre acostumbrado á largos viages. Un criado del Landamman ayudó á Arthur á cargar la mula del diputado de Schwitz, quien le dió

tan bien las señas del camino de la Férette, aunque era tan derecho y facil, que no era posible el perderse, como en las montañas de Suiza.

Luego que estuvieron concluidos los preparativos del viage, el joven ingles avisó á su padre, el cual se levantó inmediatamente, dirigiéndose en seguida á hacer su oracion, segun tenia de costumbre todas las mañanas.

No debe de causarnos admiracion el que Arthur, ínterin que su padre se preparaba para la marcha, tuviese siempre la vista fija en la entrada del cuarto de Ana; pues los acontecimientos de la noche anterior, fomentaban su curiosidad; y asi es, que parecia querer atravesar con los ojos aquella fatal puerta que le impedia descubrir á la hermosa joven, cuyo rostro deseaba examinar para ver si se descubrian en él algunos indicios que manifestasen haber sido ella la que se habia paseado la noche precedente, y no una sombra imaginaria como habia llegado á sospechar.

Esta era la prueba que Rodulfo habia señalado, y la que solo él podria practicar. ¿Quién sabe, se decia Arthur á sí mismo, las ventajas que esto podrá proporcionarle? ¿y qué

pensará de mí la amable Ana, por haberle hecho saber lo que tal vez ella desearia que ignorase? Quizás me tendrá por un hombre sin talento ni reflexion, y á quien no puede succeder cosa alguna sin que vaya al instante á contárselo al primero que encuentre: mas quisiera haber perdido el habla en aquel momento, que haber dicho una sola palabra á ese orgulloso Fierabrás. Ya no la volveré á ver sin duda, y por consiguiente no lograré saber el misterio en que parece estar envuelta; pero pensar que mi lengua pueda dar influencia á ese salvage contra ella, es una reconvencion que me haré toda la vida; pero la voz de su padre que le llamaba, le sacó de su éstasis. -- Que es eso, hijo mio, no estás aun bien despierto, ó la fatiga de esta noche te hace dormir en pie?.

-- Nó, padre mio, contestó Arthur, no tengo sueño, sino que estoy algo entorpecido; pero el fresco de la mañana me despejará en breve.

Atravesando el aposento con precaucion para no tropezar en los que estaban durmiendo por el suelo, Philipson y su hijo salieron de la sala; el primero de los cuales, cuando llegó á la puerta no pudo menos de pararse

para dirigir todavia una ojeada á la cama de paja donde descansaba el Landamman, á quien dirigió, aunque involuntariamente, estas amistosas palabras: ¡á Dios, espejo de la antigua fé y de la mas exacta integridad: á Dios, noble Arnaldo, alma llena de candor y de verdad; y á quien son igualmente desconocidas, la cobardia y la falsedad, no menos que el infame egoismo!

-- ¡A Dios, dijo tambien Arthur en su corazon: á Dios, Ana de Geierstein, la mas amable y franca, no menos que misteriosa de todas las mugeres!

En breve se hallaron fuera del castillo, y habiendo recompensado generosamente al criado del Landamman, le encargaron nuevamente espresiones de afecto para su amo, y que le digese que sus huéspedes ingleses tenian deseos y esperanzas de volverse á juntar en breve en el territorio de la Borgoña; y tomando Arthur el ramal de la mula, empezó á caminar siguiéndole su padre al lado.

Despues de algunos minutos de silencio, Philipson dijo á su hijo: -- Temo que no volvamos á ver al Landamman. Los jóvenes que le acompañan, estan dispuestos á hacer moti-

vo de ofensa, de la primera ocasion que hallen, y me temo que el duque de Borgoña les ha de dar alguna. La paz que aquel honrado suizo desea asegurar al pais de sus antepasados, se turbará aun antes que haya podido ver al duque Carlos; y aun cuando asi no fuese, ¿cómo es posible qûe un príncipe tan altivo quiera escuchar las peticiones de unos simples aldeanos; pues no dará él otro nombre á nuestros honrados amigos? esta es una cuestion algo difícil de resolver: sin duda se encenderá una guerra que será funesta para todos los partidarios, á escepcion del de Luis Rey de Francia; y el choque será tremendo si llega á encontrarse la caballería borgoñesa con esos hombres fuertes como el bronce, y cuyos antepasados hicieron mas de una vez comer el polvo á infinitos caballeros alemanes.

-- Estoy tan convencido de la verdad de cuanto decis, padre mio, contestó Arthur, que me atrevo á creer, que no se ha de acabar el dia sin que se haya violado la paz. Yo ya tengo puesta mi cota de malla, por si encontramos en el camino alguna mala compañia, y quisiera que vos hicierais lo mismo: eso no puede retardar nuestro viage, y á mi me ser-

virá de satisfaccion si consentis en ello.

— Te entiendo, hijo mio, replicó Philipson; pero soy un viagero pacífico que pasa por los dominios del duque, y no debo suponer, que estando bajo su proteccion, haya de ponerme en defensa como si estuviese èn los desiertos de la Palestina. En cuanto á la autoridad de sus encargados, y á la exaccion de los derechos que quieran imponernos, creo no necesito decirte que en el caso en que nos hallamos, son estas unas cosas á que debemos someternos sin pena ni murmuracion.

Pero degemos á nuestros viageros adelantarse á toda su satisfaccion hácia la fortaleza de la Férette, para transferirnos á la puerta oriental de aquella pequeña villa, que edificada sobre una eminencia, dominaba todos los contornos, principalmente por el lado de Bâle. Si se ha de hablar con propiedad, no formaba aquella, parte de los dominios del duque, sino que se le habia dado en prenda de cierta suma considerable que Sigismundo, Emperador de Austria, señor feudal de aquella plaza debia á Carlos. Sin embargo, la posicion de la ciudad era tan ventajosa para oprimir al comercio suizo, y para ofender á un pueblo que

tanto odiaba, que en general se creia no cederia Carlos aquella plaza tan importante, para satisfacer su enojo, por ventajosas que fuesen las proposiciones que en cambio le pudiese hacer el Emperador.

La posicion de esta pequeña ciudad era fuerte por si misma, aunque las obras de fortificacion que la rodeaban, apenas hubieran bastado para rechazar un ataque repentino, y de ningun modo hubieran sido capaces de resistir un sitio en regla.

Ya hacia mas de una hora que los dorados rayos del astro luminoso iluminaban los chapiteles de la ciudad, cuando un anciano alto y flaco, rodeado de una larga bata que ceñia un ancho cinturon, del cual pendia una espada por un lado, asegurándose en el otro un puñal, se adelantó hácia el reducto de la puerta situada al oriente: llevaba en su gorra una pluma, la que igualmente que una cola de zorra, era en toda la Alemania emblema de nobleza, siendo grande objeto de lujo para los que tenian derecho de llevarla. A su llegada, tomó las armas el pequeño destacamento que guardaba la entrada, y le recibió con todos los honores que se hacen á un oficial de grado superior.

Archibaldo Von Hagenbach; pues era el mismo gobernador, tenia entonces aquella fisonomia que espresa el humor triste y caprichoso con que acostumbra levantarse de la cama el licencioso valetudinario. Su rostro estaba agitado; teñia sus megillas un color cárdeno, y en todos sus movimientos manifestaba el desorden de un hombre que ha pasado la noche en el desenfreno de la gula y de los placeres que embrutecen al alma y afean el cuerpo; y si se habia de juzgar por la precipitacion con que se ordenaron los soldados, era facil conocer que estaban acostumbrados á su mal humor en semejantes ocasiones, y que le tenian miedo. Dirigió sobre ellos una mirada investigadora y descontenta como si buscase sobre quien hacer caer su enojo; por último preguntó á donde estaba el brivon Kilian.

Casi al mismo tiempo llegó este, el cual era un soldado robusto, aunque mal encarado, bávaro de nacion, y desempeñaba el cargo de caballerizo, cerca del gobernador.

-- Kilian, ¿qué noticias hay de esos aldeanos suizos? preguntó Archibaldo: siguiendo sus mezquinas costumbres, ya deberia hacer dos horas que estuviesen caminando; ó pretenden

esos buhoneros imitar los estilos de los caballeros: ¿si habrán estado acariciando la botella hasta media noche?

-- A fé mia, que puede ser muy bien asi; contestó Kilian, pues los habitantes de Bâle les han proporcionado con que hacer un completo banquete.

-- ¡Qué! ¿se han atrevido á dar hospitalidad á esos bootes (1) suizos, á pesar de las órdenes que les tenia dadas?

-- No, no los han recibido en la ciudad, pero he sabido por espias seguros, que les han proporcionado el pabellon Graffs-Lust para alojarse, dándoles tambien muchos jamones y buenas empanadas, no menos que barriles de cerveza, frascos de buen vino del Rin, y muchas botellas de licores espirituosos.

-- Ellos me darán cuenta de su conducta, Kilian, creen que siempre he de servir de mediador entre ellos y el duque, para su provecho. Esos guarda javalies, tienen demasiada presuncion, desde que hemos recibido de su mano algunos regalos, mas bien por darles gus-

(1) Constelacion boreal, que algunos llaman guarda de la osa, por estar dicha constelacion, muy cerca de la otra llamada osa mayor. (*Nota del traductor*).

to que por el provecho que de ello podriamos sacar. ¿No fue el vino de Bâle, el que tuvimos que beber en basos de azumbre, por temor de que se pusiese agrio al otro dia?

-- Le bebimos, y en basos de azumbre, es lo único de que me acuerdo.

-- Pues bien, déjalo, yo enseñaré á esa canalla de Bâle, que no tengo necesidad de semejantes regalos, y que la memoria del vino que yo bebo no me dura mas tiempo que la turbacion de cabeza, originada por las drogas con que lo adulteran, y que hace algunos años me proporciona un rato divertido todas las mañanas.

-- ¿Con que V. E. acusará ante el duque á los de Bâle, por haber suministrado socorros indirectos á los diputados suizos?

-- Sin duda alguna que lo haré, á menos que no haya algunos bastante diestros para convencerme, y empeñarme en que los proteja. ¡Ah! no conocen bien á nuestro noble duque, ni el discurso que tiene para castigar á los habitantes indolentes de una ciudad. Tu puedes informarlos, tambien como otro cualquiera, de que modo trató á los villanos de Lieja, cuando quisieron entrar en razonamientos.

— Se lo diré cuando llegue la ocasion, y aun creo, hallarlos dispuestos á poner los medios para conservar vuestra honrosa amistad.

— Y sino, que no lo hagan, aunque á mi me parece que ellos no ignoran cuanto vale un pescuezo entero, pues te digo la verdad, Kilian, que un gaznate cortado no vale nada.

— Ya diré yo á esos ricos aldeanos, el riesgo en que estan, y la necesidad que tienen de asegurar vuestra proteccion: ¡ciertamente, no se yo como se ha de hacer que venga la pelota rodada!

— Muy bien, ¿pero por qué no me dices algo de esos suizos? Yo hubiera creido que un perro viejo como tú, los hubiera arrancado algunas plumas de las alas, mientras se estaban regalando.

— Tan dificil hubiera sido hacerlo, como coger un puerco espin con la mano desnuda. Yo mismo he idó á reconocer el castillo. Habian colocado dos centinelas sobre la muralla, otro en el puente, y rondaba los contornos una buena patrulla: conocí que nada podia hacer, que sino, conociendo la antipatia que les profesa V. E. les hubiera arrancado ala ó pata, sin que jamas se hubiera sabido quien lo habia hecho.

Pues bien, mejor, cuando lleguen se les alibiará el peso. Vendrán sin duda con gran tren, traerán todas sus alhajas, las cadenas de plata de sus mugeres, sus medallones, y aun sus sortijas de estaño ó de cobre. ¡Los galopines! no merecen que un hombre de honor les quite sus andrajos.

-- Traen cosas mejores, si no me han engañado, vienen con ellos mercaderes.

Quita, Kilian, quita, serán los sobrantes de Berna y de Soleure; paños toscos buenos para mantas de caballos, lienzos groseros, parecidos mas bien á un tegido de cerda que de cáñamo. Pero sin embargo se lo he de quitar aunque no sea mas que por hacerles daño. ¡Qué! no se contentan con que se les trate como pueblo independiente embiando diputaciones y embajadas, sino que quieren tambien disfrutar los privilegios de embajadores, introduciendo de contrabando sus mercancias. ¡Asi se atreven á insultar al noble duque de Borgoña, robándole al mismo tiempo! Pero a fé de caballero, que no han de pasar impunemente.

-- La cosa merece la pena mas de lo que cree V. E., pues vienen con ellos unos comerciantes ingleses.

— ¡Comerciantes ingleses! esclamó Archibaldo, con una alegria feroz que se le pintaba en el rostro. ¡Comerciantes ingleses! ¡Kilian! He oido hablar de las minas de oro y diamantes que se encuentran en las indias, pero tambien he oido decir á un hombre de crédito, que esos ingleses tienen todos los tesoros del mundo dentro de su obscura isla. Dime, Kilian, ¿traen muchos géneros, es grande la recua? Me parece que ya oigo las campanillas de los machos, y es música que me alegra mas que todas las harpas de los trobadores.

— V. E. se equivoca. Son solos dos mercaderes segun he sabido, y todo su equipaje lo traen en un macho, pero se dice que sus géneros son de mucho valor; consistentes en sederias, telas de oro y plata, encages, pieles finísimas, perlas, joyas, esencias del oriente, y alhajas de oro de Venecia.

— ¡Ah! Kilian, ¡No digas mas, todo eso es para nosotros! ¡Esos son los que dos veces á la semana, se me han aparecido en sueños durante todo un mes! Sí, dos hombres de mediana estatura, bien parecidos, gordos como pollos de perdiz, y cuyos bolsillos estaban todavia mas llenos que su estómago: ¡Esos son, no hay

qüe dudarlo! ¿Y sino, qué dices tu de mi sueño?

-- No tengo nada que decir, contestó Kilian, sino que para que el sueño hubiese sido del todo verdadero, debiais haber visto tambien unos veinte gigantes, que asi parecen los jóvenes que los acompañan, fuertes como ninguno de sus compatriotas y ligeros como los gamos, bien provistos de espadas, de arcos y javalinas, llevando cada uno una pesada alabarda capaz de romper un escudo, de un solo golpe, como si fuera una torta.

-- ¡Mejor, bribon, mejor! Prorrumpió el gobernador restregándose las manos: ¡Buhoneros ingleses que robar! ¡Suizos fanfarrones que humillar para que aprendan! Bien sé que esos javalies de suizos nada podrán darnos mas que cerdas ásperas pero es ventajoso que nos traigan á esquilar, esos dos carneros. Vamos, preparemos los venablos para los javalies, y las tigeras para el esquileo. ¡Ola comandante Sechonfeldt! Y se adelantó un oficial.

-- ¿Cuantos hombres hay aqui? Sesenta, contestó el oficial. Veinte estan de guardia en varios puntos, y cuarenta en el cuartel.

-- Haced que al punto mismo, tomen todos las armas pero sin tocar instrumento alguno

que se les avise de viva voz, y que se dirijan con el menor rumor posible á esta puerta de oriente. Decidles tambien á esa canalla que hay botin que coger, y que tendrán su parte.

Con semejante añagaza, dijo Sechonfelt, les hareis caminar por una tela bien urdida sin que se espante la araña que la ha tegido.

— Te digo, Kilian, prosiguió el comandante lleno de alegria y dirigiéndose á su confidente, que no podria la casualidad presentarnos una cosa mas apropósito que semejante escaramuza. El duque Carlos desea afrentar á los suizos; no quiero decir que sea su intento dar órdenes para que se obre contra ellos de un modo que pudiera acarrear la nota de infraccion de la fé pública, contra una diputacion pacífica; pero el valiente servidor que ahorrará á su principe el escándalo de semejante accion, y cuya conducta podrá llamarse un error ó menosprecio, será mirado, te aseguro, como un hombre que ha hecho un servicio señalado. Tal vez llevará una reconvencion en público; pero en secreto el duque sabrá lo que debe hacer en el particular. Vaya ¿qué significa ese silencio? ¿Qué quiere decir ese aspecto lúgubre? Tienes miedo á veinte muchachos suizos,

cuando estan á nuestras órdenes buenos soldados y hermosas javalinas?

— Los suizos darán y recibirán buenos golpes, pero no los temo, dijo Kilian, sin embargo no me fiaria demasiado del duque Carlos. Que se alegre mucho en saber que los suizos han sido bien zurrados, vaya; pero si como V. E. acaba de dar á entender, juzga despues conveniente desaprobar esta conducta, alcabo es príncipe y puede manifestar su enojo de un modo mas serio, y aun hacer colgar á los autores de semejante escena.

— ¡Bien, bien! Yo sé lo que me hago. Si fuera otro, vaya::: pero nuestro temerario Carlos..... ¿Pero qué diablos tienes, estás haciendo unos gestos, que pareces una mona que se escalda las manos con una castaña que acaba de salir de las ascuas.

— V. E. tiene no menos prudencia que valor, y no creo conveniente criticar sus designios: ¡pero esta embajada de paz, estos comerciantes ingleses! Si el duque Carlos declara la guerra á Luis, segun corren voces, lo que mas debe apetecer es la neutralidad de la Suiza, y la cooperacion de la Inglaterra, cuyo Soberano atraviesa el mar al frente de una numerosa es-

cuadra. Luego, señor Archibaldo, puede suceder, que lo que vais á hacer esta mañana, decida á los cantones á tomar las armas contra Carlos, haciendo que los ingleses sus aliados sean enemigos suyos.

-- Eso me importa poco, conozco el carácter del duque; y si él, que es dueño de tan hermosas provincias, consiente en arriesgarlo todo por cortar una sola cabeza, ¿qué deberá hacer Archibaldo Von Hagenbach, que no tiene que perder ni un palmo de tierra?

-- Pero teneis una vida que perder, señor. -- Sí, una vida, una miserable existencia que la he arriesgado infinitas veces por algunos dolares (1) ó algunos kreuzers (2): ¿Y creés que dudaria en aventurarla por doblones, por géneros de Oriente, y por alhajas de oro? No, Kilian, no, es menester aliviar á esos ingleses del peso de sus maletas, para que Archibaldo Von Hagenbach pueda beber un vino superior al que ellos sacan de la Mosela, y vestir tela tegida de oro y seda, en vez de este terciope-

(1) El dolar vale en los Estados Unidos de América 20 rs. y 18 ms.
(2) 20 kreuzers valen en Austria y Boemia 3 rs. y 9 ms.
} *Manual de curiosidades.*

lo raido que llevo. Es menester tambien que Kilian tenga una chaqueta nueva y hermosa y en su bolsillo muchos ducados.

-- Os aseguro que ese último argumento es muy fuerte para mi, y asi retiro mis objeciones, pues no debo oponerme al parecer de V. E.

-- Vamos al negocio; pero antes será bueno llamar al capellan del duque, que está en la ciudad. Este hombre es de un ingenio terrible y habla de nosotros muy poco favorablemente, siempre se ha negado á escuchar mis proposiciones, y aun me ha reprendido con bastante agridéz.

-- Podria muy bien, contestó el caballerizo sernos peligroso, pues tiene mucha influencia en el pueblo por la austeridad de sus costumbres.

-- ¡Bueno! ¡bueno! veremos de desarmar su enojo: que le vayan á decir que deseo hablarle, y entretanto, haced que se pongan sobre las armas todos nuestros soldados; que el reducto y la barrera se guarnezcan de archeros; que otros se coloquen en las casas de los dos lados de la calle, cuyo paso debe obstruirse con carros bien unidos, que deberán estar ocu-

pados por soldados los mas determinados. Al punto que los comerciantes y sus mulos hayan entrado, pues este es el fin principal, se levantará el puente, se echará el rastrillo y que se les haga una buena descarga de flechas á los que se hayan quedado detras, si se obstinan en entrar; y por último, que se desarme y prenda á cuantos hubieren entrado, y entonces Kilian.....

— Entonces, contestó el caballerizo, como verdaderos amigos, saciaremos nuestra codicia, metiendo las manos en las maletas de los ingleses.

— Y como alegres cazadores teñiremos nuestras manos en la sangre de los suizos.

— Sin embargo, se han de resistir bien, pues traen á su cabeza á ese Donnerhugel, de quien hemos oido hablar, apellidándole el oso joven de Berna.

— Tanto mejor: mas vale cazar lobos, que matar corderos; pero tú, Kilian, te has hecho muy tímido, no eras asi antes.

— Yo miedo no tengo; pero esas partesanas y esas largas espadas de dos manos, las tengo por cosa séria. Y ahora digo yo una cosa á V. E., si la guarnicion se ha de emplear en

èse ataque, ¿quién defenderá los demas puntos?

-- Cierra las puertas, echa los cerrojos y pon las cadenas, y traeme despues las llaves; pues nadie ha de salir de la ciudad hasta que esté concluido aquel negocio. Haz que tomen las armas los hombres de la ciudad que sean necesarios para guardar las murallas, que sino cumplen bien con su encargo, yo les impondré una contribucion que les cueste cara.

-- Se quejarán, pues dicen que no siendo vasallos del duque, aunque la ciudad se le haya dado en prenda, no estan obligados á hacer ningun servicio militar.

-- ¡ Mienten los bribones! prorrumpió Archibaldo: si hasta aqui no los he empleado casi, es porque desprecio su ayuda; y aun ahora no echaria mano de ellos si fuera para un negocio mas importante; pero solo se trata de que hagan una guardia y que observen lo que pasa al frente de las murallas: que traten de obedecerme, si tienen algun afecto á sus bienes, á sus familias y á sus vidas.

Estando en esta conversacion, ó mas bien en este acceso de maldad, el gobernador oyó una voz que salia de detras de él pronunciando estas terribles palabras: *he visto al malo en*

su poder, florecer como el laurel; pero á mi vuelta ya no existia: le he buscado, pero no le hallé.

Archibaldo se volvió apresuradamente, y vió al capellan que se adelantaba. -- Estamos ahora ocupados, señor capellan, le dijo; otra vez podré hablaros. -- Si vengo ahora, contestó el respetable anciano, es porque me habeis enviado á buscar; y aunque violento mi voluntad en este paso, le doy por obedecer á los preceptos de la caridad, que me manda buscar la salud del enfermo.

-- Perdonad, señor. Es cierto que os he enviado á buscar para hablaros de un negocio muy importante que va á ofrecerse esta mañana, y espero me dareis vuestro consentimiento, pues redunda en honor de mi amo y señor, el duque Carlos.

-- Señor gobernador, podiais tener por escusado el llamarme en este caso; pues yo no puedo dar mi parecer en un asunto que indudablemente se dirigirá al robo ó á la venganza, vicios tan opuestos á la virtud evangélica; lo que sí debo aconsejaros, como lo he hecho otras veces, es que modereis vuestras pasiones, que no seais tan injusto y avaro, pues no puede

ser jamas buen servidor de su príncipe, el que abriga en su corazon la detestable codicia.

-- Os entiendo, padre mio; pero me parece que estando como yo al servicio del duque, debiais tomar parte en cuanto concerniese á su honor ó á sus intereses: ademas, yo pienso hacer algunas obras piadosas.

-- Ni el honor ni los intereses del duque, á quien no sirvo, si no es por quien ruego; pueden de modo alguno cimentarse en malas acciones, semejantes á las que abrigais en vuestro corazon, y porque veo que confundis la gloria de vuestro príncipe con el espíritu de venganza y con mal entendidas obras de piedad, quiero referiros las palabras que el santo hermitaño Berchtold de Offringen, dirigió á la implacable Inés, que habia vengado con una severidad terrible, el asesinato de su padre, el Emperador Alberto.

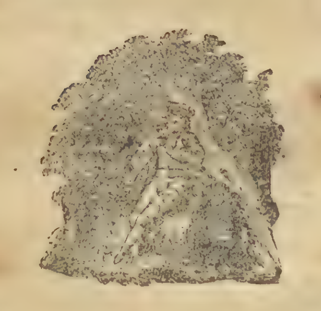
Sabe, pues, que la Reina Inés, hija de Alberto, que fue asesinado; despues de haber hecho correr torrentes de sangre para vengar la muerte de su padre, fundó la rica abadia de Kœnigsfeldt, y queriendo dar á aquel monasterio un carácter mas de devocion, hizo ella misma una peregrinacion á la celda del santo

hermitaño, para rogarle fuese á vivir á aquella abadia: ¿pero cuál fue la respuesta del anacoreta? -- Apártate, infame muger: Dios reusa las ofrendas que se le hacen con las manos ensangrentadas, ni quiere tampoco olocaustos que son frutos de la violencia y del pillage. El Omnipotente ama la bondad y la justicia, y desea la humanidad, no queriendo adoraciones sino de corazones puros: y ahora te digo á tí, Archibaldo Von Hagenbach, que has sido advertido una, dos y tres veces; mírate como un hombre contra quien está fulminada la terrible sentencia de eterna condenacion, y tiembla de verla egecutada.

Dicho esto con aire austero y voz amenazadora, el venerable sacerdote, volvió la espalda al gobernador y se retiró.

El primer impulso de Archibaldo, fue mandar que le detuviese; pero acordándose de las sérias consecuencias que esto podia tener, le dejó marchar en paz, conociendo que seria una imprudente temeridad el intentar vengarse; y siguiendo sus detestables principios, comunes á todos los hombres que viven sin religion, y por consiguiente sin moralidad; pidió una copa de buen vino de Borgoña, la que

agotó enteramente, como si quisiese anegar en el vino sus negros pensamientos. Apenas habia apurado la copa, cuando el centinela que estaba en lo alto de la torre, hizo señal con la bocina anunciando la llegada de algunos estrangeros á la puerta de la ciudad.



CAPÍTULO VI.

Antes de someterme á tal afrenta,
Preciso es que me venza quien lo intenta.

Shakespeare.

¡Que poco ha sonado esa bocina! dijo Archibaldo Von Hagenbach, subiendo al mismo tiempo al terraplen, desde donde podia ver lo que pasaba fuera de la puerta: ¿que es eso, Kilian, que ocurre?

El fiel escudero venia ya apresurado á darle parte, y asi le dijo: señor escelentísimo, son dos hombres con un macho, y me parecen comerciantes.

¡Comerciantes! calla hombre, querras decir buhoneros: ¿quién ha visto jamas comerciantes ingleses viajar á pie y sin mas equipage que el que puede llevar un macho? Esos serán algunos pordioseros de Bohemia, á los que los franceses llaman escoceses. ¡Ah pobres! No sacarán de esta ciudad su tripa mucho mas llena que estarán sus bolsillos.

-- No juzgue V. E. tan apresuradamente, pues en valijas pequeñas caben efectos muy preciosos; pero sean pobres ó ricos, son los que esperábamos, segun las señas que me han dado. El mas anciano es bastante alto, color moreno, y como de edad de cincuenta años; es mas alto que su compañero, y tiene buena presencia.

-- Que entren, díjo el gobernador, disponiéndose á bajar del terraplen, y que los conduzcan á la *Folter-Kammer* (1) de la aduana, adonde él mismo se dirigió en seguida. Era aquel un aposento, situado en la torre principal, que defendia la puerta del oriente, y en el cual habia colocados diversos instrumentos de tortura, de que el gobernador, no menos cruel que codicioso, hacia uso contra los infelices de quienes queria sacar riquezas ó noticias. Entró, pues, en dicho cuarto ó pieza de los tormentos, en el que apenas se veia, de modo que no podia distinguirse bien el elevado techo gótico de que estaba cuvierto; pero sí se veian cuerdas colgando que se terminaban en lazos escurridizos, no causando menos

(1) Aposento de los tormentos.

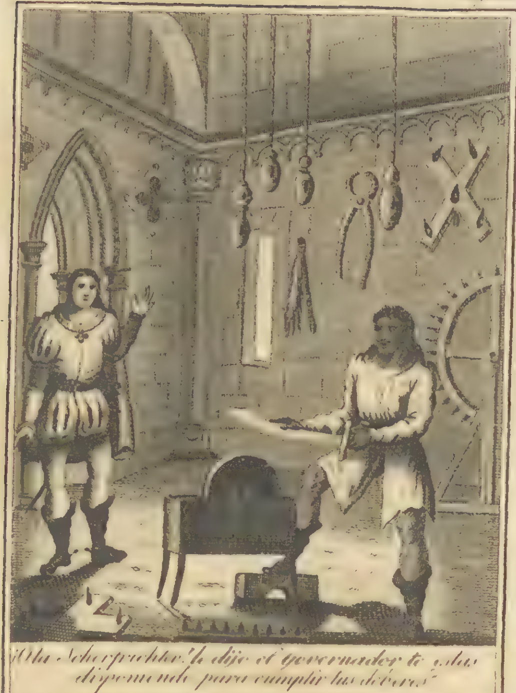
asombro los muchos instrumentos de hierro cuviertos de orin, que habia, ya en el suelo, ya colgados en las paredes de aquella espantosa mansion de la crueldad.

La débil claridad que entraba por una estrecha avertura practicada en la muralla, que era la sola ventana que tenia aquel aposento, dejaba ver un hombre alto y cetrino, que vestido de encarnado, y sin llevar nada en la cabeza mas que sus muchos cabellos negros y erizados, se entretenia en afilar un terrible sable de dos manos, aunque de figura particular, y cuya oja era mas ancha y corta que la de las espadas que usaban los suizos, de que ya hemos hecho mencion: estaba tan embebido en su ocupacion, que cuando la puerta rechinó sobre sus goznes, se le cayó el sable de las manos, quedándose como asombrado.

-- ¡Ola Scherfrichter! (1) le dijo el gobernador: ¿te estás disponiendo para cumplir tus deberes? . . . . .

-- Mal pareceria, señor escelentísimo, contestó aquel, que vuestro criado no se encontrase preparado: pero no está lejos el prisionero, si

(1) Verdugo.



¡Ola Scharfrichter! le dijo el Governador te estas disponiendo para cumplir tus deberes?

Alejo Ysnaga y Hernandez.

he de juzgar por la caida de mi sable, lo cual anuncia siempre la presencia del que debe sentir su peso.

-- Es cierto que los prisioneros no estan lejos; pero tu presagio te ha engañado. Son unos miserables, para quienes bastará una cuerda buena; pues tu sable no desea embotarse sino en sangre noble.

-- Peor para mí, que aguardaba de V. E., que siempre ha sido un buen amo, me hiciese hoy noble.

-- ¡Noble! ¿has perdido la cabeza? ¡tú noble!

-- ¿Y por qué no, señor Archibaldo Von Hagenbach? Yo creo que el nombre Steinernherz Von Blut-acker (1), habiendo sido buena y legítimamente adquirido, es tan propio para la nobleza como cualquiera otro. Cuando un hombre de mi profesion ha llenado sus deberes con nueve sugetos de raza noble, con una misma arma y sin dar mas que un golpe á cada individuo, ¿no tiene derecho á ser esceptuado de todo tributo, y á que se le de carta de nobleza?

-- Asi lo dice la ley, pero creo que es mas bien por burla que por otra cosa, pues jamas

(1) Quiere decir: corazon de piedra del campo de la sangre.

se ha visto alguno que reclame esos derechos.

-- Tanto mejor para el primero que llegue á pedir los honores que haya debido á un sable bien afilado, y à un buen puño. Y asi Steinernherz, será el primer noble de mi oficio, cuando hubiere despachado á un caballero mas.

-- Siempre has estado á mi servicio, ¿no es verdad?

-- ¿A que amo hubiera yo servido que hubiese podido proporcionarme una práctica tan constante? Desde que me hallé capaz de manejar el látigo, de levantar una barra de hierro, y de blandir este sable fiel, estoy egecutando vuestras sentencias de muerte, sin que jamas me haya faltado el golpe, ni haya tenido que repetirle segunda vez. Tristan del hospital, y sus famosos compañeros; Andreu el chico y Tres-escalas (1) han sido unos aprendices, si se comparan conmigo, y en algunas cosas propias de este oficio, creeria degradarme, si me comparase con ellos; pues sus hazañas no son dignas de un hombre que como yo pretende ser noble.

-- Tu eres un bribon, á quien no falta habi-

(1) Célebres personages que hacen gran papel en el *Quentin Durward*, de Walter Scott.

lidad, no lo negaré; pero no puedo yo creer, que en un pais donde hay tan poca nobleza como en este, hayas cortado tantas cabezas nobles como dices.

-- Si V. E. no me cree, aqui está una lista de todos ellos con sus nombres y cualidades; léala V. E., y veremos si me he equivocado. Diciendo esto, sacó el verdugo un pergamino muy sucio donde estaban escritos los nombres de todos los que habian sido víctimas de la crueldad del gobernador, y se la entregó á este, quien despues de haberla repasado se la volvió diciendo.

-- Todo eso está muy bien; pero lo que hoy ocurre es muy diferente, y con un calabozo ó un cordel habrá bastante; ó quizás algun tanteo de tormento; pero de ningun modo hay que esperar honores.

-- Eso es lo peor. Habia soñado que me iba V. E. á hacer noble hoy, y ademas el habérseme caido el sable....

-- Bébete un frasco de vino, y olvida esos agüeros.

-- No lo haré asi, con vuestro permiso; pues beber antes del medio dia, seria arriesgarme á no tener tan buen pulso.

-- Pues bien, calla, y piensa en tu óbligacion.

El Scherfrichter, tomó su sable, enjugando la oja con gran cuidado, y se retiró á un rincon del aposento, donde permaneció de pie y apoyadas las manos en el arma fatal.

Casi al mismo tiempo llegó Kilian, seguido de seis soldados que traian atados á los dos ingleses.

Acercadme una silla, dijo el gobernador sentándose con gravedad delante de una mesa, en que habia recado de escribir. ¿Quiénes son esos hombres, Kilian, y por qué los traes atados?

-- Con el permiso de V. E., contestó Kilian, con aire de sumo respeto, muy diferente del tono familiar con que solia hablar á su amo cuando estaban solos; creimos conveniente quitar las armas á estos estrangeros, antes que se presentasen á V. E., segun se practica en esta plaza; pero cuando se lo insinuamos al llegar á la puerta, este joven hizo resistencia: debo decir sin embargo, que á la voz de su padre entregó su arma.

-- ¡Es falso lo que decis! esclamó Arthur; pero el padre le hizo seña de que callase, y al punto obedeció.

-- Noble señor, dijo Philipson; somos estrangeros, y por tanto ignorabamos las prácticas de esta ciudadela: somos ingleses, y como tales, poco acostumbrados á sufrir insultos personales; asi, pues, esperamos que juzgareis perdonable nuestra falta cuando sepais que de repente nos vimos rodeados, y sin conocer por orden de quien. Mi hijo, que es este joven, con poca reflexion, echó mano de su espada, pero á la primera señal que le hice, no trató ya de defenderse, y bien lejos de herir á nadie, ni aun acabó de desembainar su acero. Por lo que á mi toca, soy comerciante, y por tanto estoy acostumbrado á someterme á las leyes y costumbres del pais donde hago mi comercio. Sé que estoy en territorio del duque de Borgoña, por lo que infiero que las leyes y reglamentos que aqui se practiquen, no pueden menos de ser justas y razonables. Es un aliado fiel y poderoso de la Inglaterra, por lo que nada temo estando á la sombra de su autoridad.

-- ¡Ola! ¡Ola! dijo Archibaldo un poco sorprendido al ver la serenidad del inglés, y tal vez acordándose tambien de que el duque Carlos, á menos que no le provocasen sus pasio-

nes, como sucedia con respecto á los suizos, á los cuales odiaba; deseaba ser tenido por príncipe justificado, aunque severo: esas son buenas palabras, pero no os sirven para justificar acciones malas: vosotros habeis sacado la espada desobedeciendo á los soldados del duque, que no hacian mas que practicar las órdenes que se les tienen dadas.

— Ciertamente, noble señor, respondió Philipson, que eso es interpretar de un modo bastante severo una accion muy natural de suyo; pero para decirlo de una vez, si estais dispuesto á obrar con rigor, el hecho de haber sacado la espada, ó por mejor decir, la accion de haberla querido sacar, aunque esta sea una plaza de armas, quedará suficientemente castigada con pagar una multa, y yo estoy pronto á satisfacer lo que V. E. señalare.

— A fé mia, dijo Kilian al verdugo que estaba á su lado; que ese cordero es bien tonto en ofrecer su vellon por su propia voluntad.

— Dudo que eso le baste para libertar su cuello, señor escudero, contestó el verdugo; pues yo he soñado la noche pasada que mi amo me hacia noble, y el habérseme caido el sable de la mano, es para mi una señal cierta

de que este hombre debe elevarme á la nobleza. Es preciso que hoy mismo se emplee mi sable en él.

¡Cómo, loco ambicioso! Ese hombre no es noble; no es mas que un buhonero, un pobre inglés.

-- Te engañas, amigo caballerizo; y se conoce que jamas has mirado con atencion á un hombre que está á punto de morir.

-- Mal pensado: ¿pues qué no me he hallado en cinco batallas campales, sin contar las muchas escaramuzas y emboscadas en que he estado?

-- Esa no es prueba. Cualquier hombre pelea cuando se halla formado en batalla; y el perro mas cobarde ó el mas pelado gallo se arroja á su enemigo si se ven frente á frente; pero el que se atreve á mirar la columna ó el cadalso con aire de indiferencia, ese es noble, y tal es el hombre que está á nuestra vista.

-- Enhorabuena, amigo, pero este hombre no ve ahora tan tremendos aparatos; y solo tiene delante de sus ojos á nuestro ilustre amo el gobernador Archibaldo.

-- Y el que vé á Archibaldo, si es un hombre de talento y que sabe discernir, como induda-

blemente lo es ese, ¿no vé en él al egecutor y su sable? Seguramente, lo conoce muy bien asi ese prisionero, y la calma que muestra, á pesar de esta conviccion, es una prueba de ser noble; y no temo de equivocarme.

-- Me presumo que nuestro amo vá á verse con él en un compromiso. Mirad como le examina sonriéndose.

-- Si asi sucede, no cuentes jamas con mis juicios, dijo el egecutor, pero ciertamente que en los ojos de nuestro patron se descubre un mirar que anuncia sangre.

Mientras que los dos criados de Archibaldo, tenian esta conversacion, su amo hacia un millon de preguntas á los prisioneros, tanto sobre sus relaciones con los suizos, como sobre la amistad del Landamman, y los motivos que los llevaban á Borgoña. Philipson, contestó á todas estas preguntas con exactitud y claridad, ocultando sin embargo los motivos que le movian á ir á aquella ciudad, adonde solo le dijo que iba por asuntos de su comercio, añadiendo que sus géneros estaban á disposicion del gobernador, que podia tomar de ellos la parte que quisiera, ó todos si le ocomodaba responder de ellos á su amo, pero que lo que

tenia que tratar con el duque era de una naturaleza privada, concerniente á intereses particulares de comercio, no solo suyos, sino tambien de otros varios sugetos: declaró que á ninguno comunicaria aquel negocio sino al mismo duque, y añadió con tono resuelto, que si él ó su hijo sufrian algun mal tratamiento, estaba muy seguro de lo mal que lo habia de llevar el duque Carlos.

La firmeza del prisionero servia sin duda alguna de confusion al deprabado Hagenbach, quien mas de una vez consultó su botella, oráculo infalible para él, durante aquel interrogatorio. El ingles le habia dado á la primera intimacion, la lista ó factura de todas sus mercancias, donde el gobernador habia hallado cosas que lisongeaban tanto su codicia, que parecia quererse apoderar ya de ellas con la vista: se mantuvo sin embargo algunos momentos reflexivo, al cabo de los cuales dijo:

-- Debe V. saber, señor comerciante, que la determinada voluntad del duque es, que ningun género del territorio suizo sea admitido en sus dominios. Sin embargo, segun acabais de confesar, habeis estado algun tiempo en aquel pais, habiendo llegado aqui en compañia

de ciertos sugetos que se denominan diputados suizos; por tanto debo creer, que estos géneros son de ellos, y no vuestros, que teneis un aire de pobres mas bien que de ricos, y asi si os hubiera de imponer una multa correspondiente al atrevimiento que habeis tenido, trescientas piezas de oro nó bastarian á pagarla, despues de lo cual podriais ir á rodar con el resto de los géneros por donde os diese la gana, esceptuando á Borgoña.

-- Pero si ese es el término preciso de mi viage.... dijo Philipson: si es al duque á quien devo presentarme indefectiblemente..... pues de no ser asi, era escusado mi viage, y sin duda alguna que su enojo recaerá sobre aquellos que me impidieren llegar á verle, pues debe saber V. E. que el duque Carlos, está informado de mi viage, y que no dejará rincon alguno que no haga registar para saber donde me hallo detenido, y qué personas me han impedido el proseguir mi marcha.

El gobernador se mantuvo todavia silencioso por algun rato, como buscando en su mente algun medio para poder saciar su rapacidad sin comprometer su persona, en seguida volvió á hablar al prisionero, y le dijo:--Cuentas

tu historia, de un modo que parece verdad, amigo mio, pero no es menos cierta la orden que tengo de no dejar pasar ningun género que venga de la Suiza, ¿pero qué harás si embargo tu bagage y tus géneros?

— No puedo oponer resistencia al poder de V. E., haced lo que querais, en este caso yo me dirigiré á los pies del duque, para darle cuenta de mi conducta.

-- ¿Y de la mia tambien, no es asi? es decir ¿qué irás á quejarte del governador de la Férette por haber sido demasiado exacto en el cumplimiento de sus deberes?

-- Os aseguro por mi honor, que no es mi intencion dar queja, dejadme solamente el dinero contante que llevo, y sin el cual me seria imposible llegar allá, que no volveré á acordarme de semejantes mercancías, ni hablaré mas de ellas.

El gobernador movió la cabeza, como sospechando, y dijo: No se puede fiar en personas que se hallan en situacion semejante á la tuya, y no debe esperarse á que se hagan acreedores á la confianza, pero dime: ¿los géneros que debes entregar al duque en propia mano á que se reducen?

-- No lo sé, contestó el ingles; porque estan cerrados con sello.

— ¿Sin duda valdrán mucho? Tampoco lo puedo decir, solo sé que para el duque son de gran valor, aunque como V. E. sabrá, muchas veces los hombres damos valor á infinitas vagatelas.

— ¿Las traes sobre tí? Mira bien lo que respondes, pues ya ves esos instrumentos que te rodean, y que saben hacer hablar á un mudo; en mi poder está el ensayarlos en tu persona.

-- No creais que me faltará valor para sufrir todos los tormentos que quisiereis aplicarme; contestó Philipson con la misma serenidad que hasta entonces habia manifestado.

-- Acuérdate tambien que puedo hacer registrar tu persona, no menos que tus valijas.

-- Sé muy bien que estoy en vuestro poder, y asi por no daros ningun pretesto para obrar hostilmente con un viagero pacífico, os digo que el paquete que va dirigido al duque está sobre mi pecho en un bolsillo de mi chaqueta.

— Damele.

— Mi honor y vuestras cuerdas me lo estorban.

— Arráncasele de encima, Kilian, veamos ese paquete.

— Si me fuese posible hacer resistencia, esclamó Philipson, antes me arrancariais el corazon, pero ruego á todos los presentes que observen si el sello está entero y sin tocar en el momento en que me le arrebatan con violencia, y al decir esto, dirigió una mirada á los soldados que le habian traido, y cuya presencia tenia como olvidada Archibaldo.

— ¡Infame, como! prorrumpió el gobernador arrebatado de cólera, ¿quieres escitar á mis soldados á la rebelion? Kilian, que salgan esos hombres.

Al decir esto ocultó con precipitacion entre sus vestidos el paquetito que Kilian acababa de quitar al ingles, y los soldados se retiraron, aunque volviendo de cuando en cuando la cabeza como con deseos de saber lo que alli habria.

— ¡Ola amigo! repuso Hagenbach, ahora estamos solos: veamos si me hablas con franqueza, y me dices que hay bajo este sobre?

— Solos ó acompañados que estemos, no podré hacer mas que repetir lo que ya os he dicho: no sé precisamente lo que contiene el pa-

quete; y por lo que hace á la persona que me le entregó, no os lo diré jamas.

-- Tu hijo será quizás mas complaciente.

-- No podrá deciros lo que no sabe.

-- El tormento sin duda os hará hablar: empezaremos por el jovencito, Kilian, ya sabes que hemos visto hombres fuertes caer de su ánimo, viendo dislocar los miembros de sus hijos; cuando no hubieran sido capaces de confesar, aunque se les bubiesen arrancado sus viejas carnes de encima de los huesos.

-- Bien podeis hacer la prueba, aunque espero, que el cielo me dará fuerzas para resistir, dijo Arthur.

-- Y á mi valor, para presenciarlo, prosiguió el padre.

Durante este tiempo, el gobernador revolvolvia entre sus manos el paquetito, examinando con la mayor atencion cada uno de sus pliegues, y llenándose su corazon de pesar al ver que algunas gotas de lacre selladas encima de un envoltorio de raso carmesí, pudiesen estorbarle saciar su ansiosa curiosidad, no dudando que alli dentro se encerrase un tesoro, por último hizo llamar de nuevo á los soldados, mandándoles que condujesen á los prisio-

neros á dos calabozos diferentes, y que velasen sobre ellos.

— Os hago á todos testigos, esclamó Philipson, despreciando las señas amenazadoras de Archibaldo, de que el gobernador me ha arrebatado por fuerza un paquete cerrado y con sello para el señor y amo el duque Carlos de Borgoña.

Hagenbach furioso, y con una voz que apenas se percibia, por la cólera que le poseia, dijo: y que no debia yo hacerlo asi. Un paquete sospechoso hallado á un hombre que lo es todavia mas, que.... ¿no puede contener alguna infame tentativa contra nuestro buen duque y señor? ¿Es acaso la primera vez que se há oido hablar de semejantes infamias? ¿Nosotros que, por decirlo asi, somos los que defendemos la entrada de los dominios del duque, dejaremos que se introduzca en ellos alguna cosa que pueda privar á la Europa del mejor de los caballeros, á la Borgoña de su príncipe, y á la Flandes de su padre? ¡No! soldados, conducid á esos dos impíos, que se les ponga en los calabozos mas obscuros y escondidos, y vigilad sobre ellos con particular cuidado: esta es sin duda una traicion formada de acuerdo

con los cantones de Berna y Soleure.

Archibaldo Von Hagenbach, dejándose arrastrar de su encono, prosiguió gritando en voz descompasada, hasta que no pudieron oirle los soldados que conducian á los ingleses: entonces calló, pero su rostro se cubrió de una palidéz semejante á la de la muerte, frunció las cejas y como dudoso dijo á su caballerizo en voz baja las espresiones siguientes:

-- Kilian, caminamos por una tabla resbaladiza, y bajo nuestros pies se vé un furioso torrente: ¿qué haremos?

-- ¡Que hemos de hacer! contestó el caballerizo; seguir marchando, aunque con firmeza y precaucion. Es bien desagradable, que los soldados hayan visto el paquete, y que hayan oido las espresiones que ha dicho ese hombre de hierro; pero la desgracia ya ha sucedido: han visto el lio en las manos de V. E., y nadie podrá evitar que digan que le ha abierto, aun cuando asi no lo verifique; pues creerán, que si el sello está al parecer intacto, es porqne V. E. habrá tenido la sutileza necesaria para romperle y volverle á cerrar con maña: ello ha de ser cosa de mucho valor, cuando el pícaro del comerciante consentia en perderlo

todo, con tal que no le quitasen ese paquetillo.

— Tambien pueden ser, replicó Hagenbach, algunos papeles concernientes á asuntos políticos: semejantes documentos, y de grande importancia, suelen andar viajando entre Ricardo de Inglaterra y nuestro amo el duque Carlos.

— Si fuese asi, podriamos enviarlos á Dijon; y tal vez el Rey de Francia nos las pagaria á peso de oro.

— ¡Calla, Kilian, calla! ¿quieres que venda yo los secretos de mi amo? De ningun modo.

— Es verdad; pero como V. E. no hace escrúpulo de... y no acabó la frase el caballerizo, sin duda temiendo irritar á su patron, hablándole de una manera demasiado franca en punto á sus infames manejos.

— ¡De robar al duque, bribon! no es eso lo que quieres decir, contestó Archibaldo. Si tomo una parte del botin que se coge á los estrangeros, es con beneplácito del duque, y tampoco hay una cosa mas justa que eso: el perro y el halcon, no dejan cuando pueden de tomar parte de su presa: estos provechos son propios de mi destino, y Carlos, que me ha colocado en él para satisfacer su resentimien-

to, y restablecer mi fortuna, no se ofende de ello. Y á la verdad en toda la estension de la Férette, ¿quién representa al duque, mas que yo? Por consiguiente, abriré este paquete; pues siendo para él, tambien es para mí, y diciendo esto, cortó las sedas de que estaba rodeado el lio, le desarrolló y halló dentro una cajita de madera de zándalo.

-- Preciso es que su contenido sea de gran valor, pues es muy chiquitita: y despues de haberla mirado por todos lados, tocó un resorte que tenia la caja y se abrió. Los ojos del ansioso gobernador quedaron deslumbrados, no menos que los de su infame confidente, al descubrir un precioso collar de brillantes de un grueso estraordinario, y de un brillo imponderable; de modo que un buen râto se estúvieron mirando la preciosa joya, sin atreverse á hablar palabra.

-- ¡Caramba! dijo por fin Kiliam: razon tenia el pícaro viejo en no querer dar el paquete; un minuto ó dos hubiera yo sufrido el tormento, antes que dar semejante alhaja; y ahora, si V. E. no lo lleva á mal, me atreveré á preguntarle como se ha de repartir esta presa entre vos y el duque.

-- Qué se yo que te diga, Kilian..... supondremos que la plaza ha sido tomada por asalto, en cuyo caso, como ya sabes, el que coge una cosa la guarda para sí, aunque sin olvidar á sus servidores fieles.

-- Como yo, por egemplo, contestó Kilian...

-- Y como yo tambien, repitió otra voz que parecia el eco de la primera, partiendo de un oscuro rincon.

-- ¡Que es esto! ¡quien os ha escuchado! prorrumpió el gobernador, asiendo su puñal.

-- Nadie mas, señor, que un fiel servidor de V. E. como ahora mismo lo deciais, respondió el verdugo adelantándose con paso lento.

-- ¡Miserable! ¿como te atreves á espiar mis acciones? gritó el gobernador.

-- No se altere V. E., dijo el caballerizo. El honrado Steinernherz no tiene lengua ni oidos, sino cuando sabe que da gusto á V. E.; por otra parte, necesitábamos de él, pues es preciso despachar á esos estrangeros, y sin demora.

-- Tienes razon, dijo Archibaldo; pero yo habia creido que podria dejárselos.

-- ¿Para qué? ¿para que vayan á contar al duque el modo con que el gobernador de la

Férette cobra los derechos de la aduana?

-- Bien dices, Kilian: los muertos no pueden mover los dientes ni la lengua, y asi ni muerden ni hablan. Scharfrichter, tú cuidarás de despacharlos.

-- Con mucho gusto, contestó el verdugo; pero con la condicion, de que si ha de ser en secreto, ó lo que se llama práctica de cueva; se me ha de reservar el derecho de reclamar la nobleza, y que la egecucion se dará por válida como si se hubiese egecutado en medio de la plaza pública.

Hagenbach le miró con ademan de no entenderle, lo cual observado por Kilian, le esplicó que el Scharfrichter se habia persuadido, vista la firmeza é intrepidez del mas anciano de los dos prisioneros, que era un hombre de noble estirpe, y por consiguiente, que su degollacion debia proporcionarle todas las ventajas que estaban prometidas al egecutor que hubiese cumplido su deber con nueve hombres de ilustre nacimiento.

-- Tal vez tendrá razon, dijo Archibaldo; pues aqui hay un pedazo de pergamino, en el que se recomienda al duque, al portador del collar, rogándole que acepte esta alhaja como

un regalo que le envia algun sugeto muy conocido; y al mismo tiempo dice que le dé al portador entero crédito, en cuanto diga de parte de los que se envian.

-- ¿Y quién firma ese villete, si me haceis favor? preguntó Kilian.

-- No tiene firma. Sin duda la vista del collar, ó el carácter de la letra, serán bastantes para que sepa el duque quien es el que le escribe.

-- Y es probable que dentro de poco no tendrá necesidad de ponerse á discurrir sobre uno ni otro; y diciendo esto con ademan de bufonada, empezó Hagenbach á examinar otra vez los brillantes. El egecutor de las justicias, animado algun tanto con el tono familiar del gobernador, volvió á emprender su conversacion favorita; insistiendo en la nobleza del pretendido comerciante, y sostenia que era imposible que á un hombre de baja esfera, les hubiesen confiado una alhaja de tanto valor, dándole al mismo tiempo una credencial tan ilimitada.

-- Te engañas, majadero, contestó Archibaldo; pues ahora los príncipes se valen á veces de hombres los mas despreciables para des-

empeñar negocios de la mayor importancia, en nuestro siglo se ha llegado á conocer que vale mas la perspicacia de los hombres que su ilustre nacimiento. En cuanto al carácter firme y atrevido que distingue á aquel pícaro viejo, cuyo mirar es de ignorante como tú; son calidades de su nacion mas bien que suyas propias, ó te figuras que es lomismo Inglaterra que Flandes. En el primero de estos dos paises, hay comerciante, cuyo corazon es tan valiente y el brazo tan robusto, como cualquier noble por elevado que sea. Pero no te desanimes, majadero, cumple tu deber con esos mercaderes; que en breve caerá en nuestras manos el Landamman de Underwald, es aldeano por su gusto, pero noble de nacimiento, y su muerte bien merecida te ayudará á lavarte las manchas que te ofenden ya á la vista.

-- ¿Y nó haria mejor V. E. en diferir la suerte de esos comerciantes, preguntó Kilian, hasta que podamos saber alguna cosa de ellos por boca de los prisioneros que vamos á coger al momento?

-- Como quieras, dijo Archibaldo, moviendo el brazo, como si quisiese echar de sí algun peso desagradable, pero que eso se termi-

ne sin que vuelva yo á oir hablar de ello.

Los feroces satélites saludaron respetuosamente al gobernador, y el Club sanguinario se separó, llevándose el gefe cuidadosamente aquella preciosa alhaja, de que trataba de apoderarse, caminando por la senda de la iniquidad regada con la sangre de los inocentes, y siendo traidor á su soberano; pero sin que dejase de acompañarle aquel abatimiento de espíritu que acompaña á los criminales en sus perversos consejos; y asi procuraba apartar de su memoria la bajeza y la crueldad, al mismo tiempo que la deshonra de que le cubria su pérfida conducta, encargando la egecucion inmediata de sus feroces órdenes, á sus agentes subalternos no menos crueles que él.



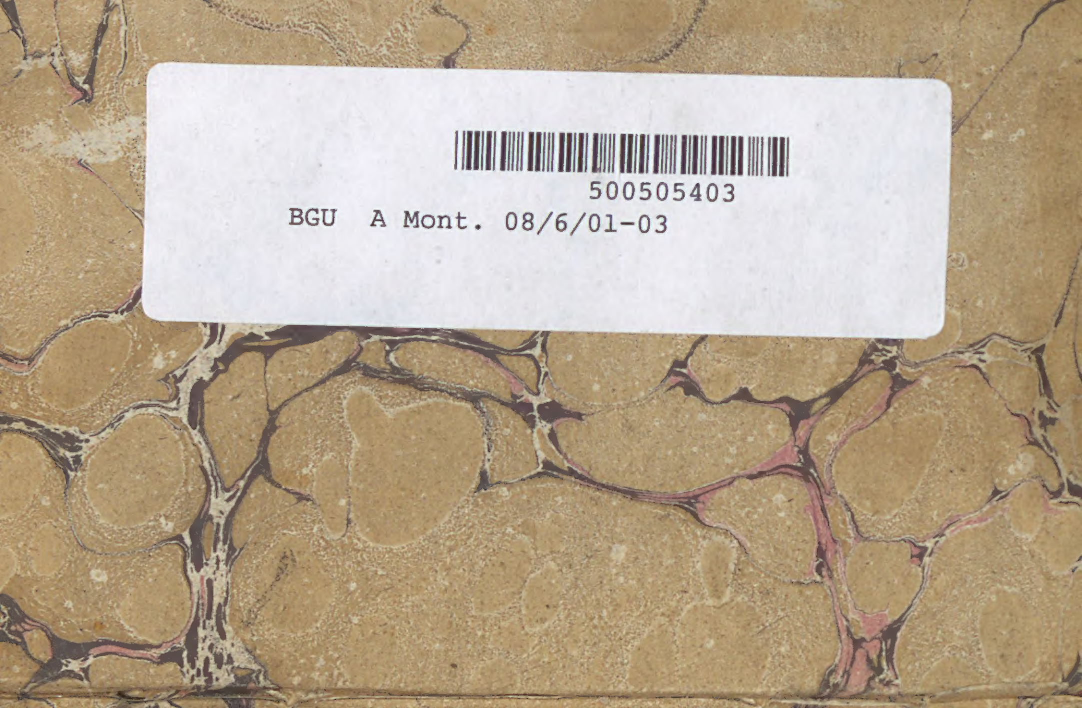


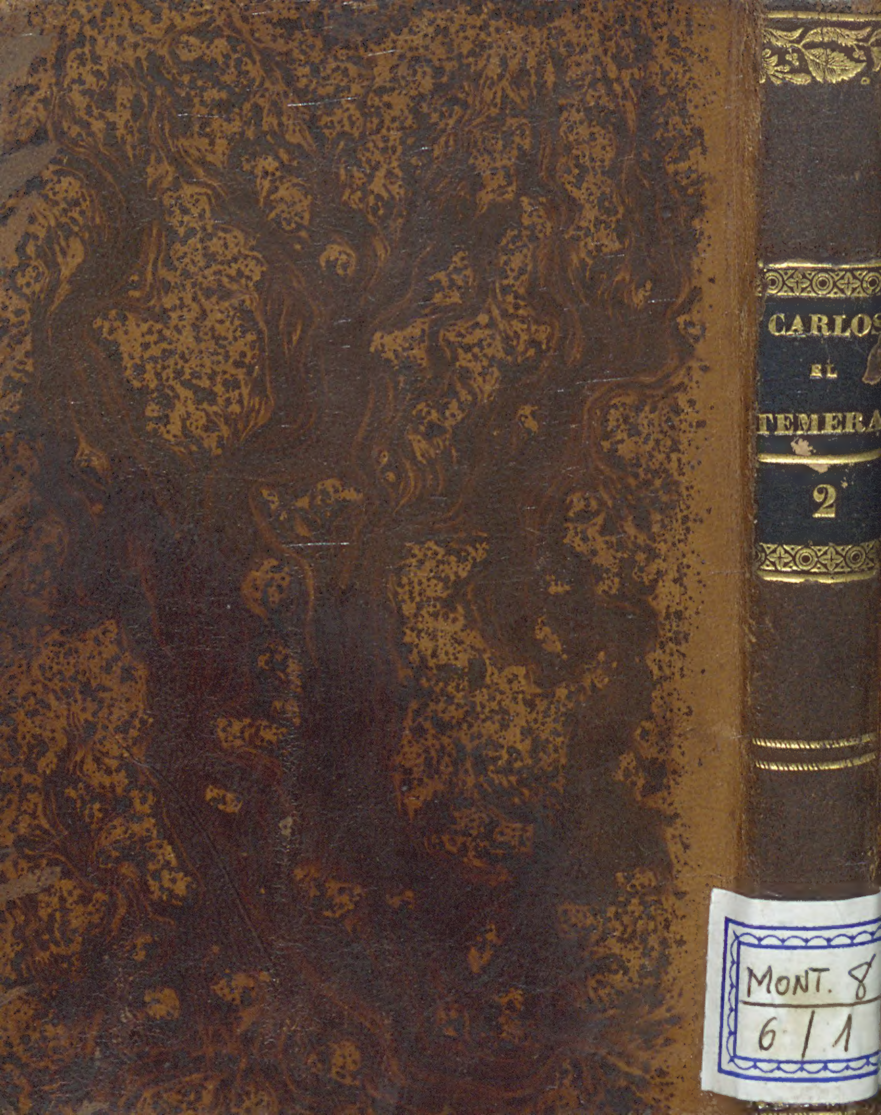
FÉ DE ERRATAS.

Tomo II.

Página.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
19	17	encontrándose	pero encontrándo-se
Id.	19	pero al momento	al momento
23	8	antes á daros	antes voy á daros
Id.	20	recorer	recorrer
26	5	peor	por
34	14	cuando le	cuando no le
40	10	cotestaba	contestaba
41	3	simpatia	antipatia
55	15	quereis darlos	quereis darles
56	1	que quieran	que quieren
Id.	10	el habérsenos	por habérsenos
58	2	senescal	Senescal
59	17	estabais	estarias
69	14	hisroria	historia
85	25	Dannschemend	Dannischemend
88	2	esra	esta
107	10	Arnhein	Arnheim
Id.	22	hermano Landam-man	hermano del Lan-damman
108	6	verosomil	verosimil
122	16	justicia	injusticia
148	19	detuviese	detuviesen






CARLOS
EL
TEMERA
2

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm